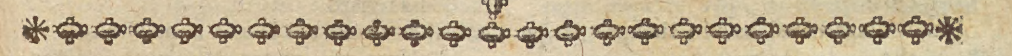
TRAGEDIA.

LA FEDRA.

EN CINCO ACTOS.

ACTORES.

Teseo, esposo de Fedra.
Fedra.
Enone, su Confidenta.
Hipolito, amante de Aricia.
Aricia.
Ismene, su Confidenta.
Panope.
Teramene.
Guardias.



ACTO PRIMERO.

SCENA I.

Hipolito y Teramene.

Hip. YA estoi resuelto, Teramene mio;
voi á partir, y de Trecena dexo
la amable habitacion en la cruel duda
que el corazon me agita: ya comienzo
à avergonzarme de mi inutil ócio:
ha ya mas de seis meses que mui lejos
de un respetado padre, su destino
descubrir no han podido mis esfuerzos.

Ter. ¿Y à que lugar quereis ir à buscarle?
ya por satisfacer el orden vuestro,
ha corrido mi zelo los dos mares
que Corintò separa: por Teseo
tambien he preguntado en las regiones
situadas en la orilla, donde el negro
Acheronte en el Tartaro se pierde:
he visitado la Elida, y corriendo
el Tenate, he pasado hasta las ondas,
que de sepulcro á Icaro sirvieron.
¿Con que nueva esperanza lisonjera,
en que dichosos Climas vuestro afecto
pretende ahora buscarle? ¿ni quien sabe
si vuestro mismo padre con intento
quiere esconder la causa de su ausencia?
y que mientras nosotros de sus riesgos
aqui temblando estamos, él tranquilo,
y de nuevos amores en el seno
nos procura ocultar su ardiente llama,
y à otra nueva hermosura seduciendo...

Hip. Querido Teramene, no prosigas,
y à Teseo respeta; ya su pecho
de sus primeros jovenes ardores
ha reprimido los ardientes fuegos;
y no creo que pueda detenerle
un obstaculo vil; ha largo tiempo
que habiendole fijado la inconstancia,
ribal no tiene Fedra en sus afectos:

por fin, yo con buscarle habré cumplido
con lo que mi deber me está imponiendo,
y lograré salir de este parage
en que no puedo estár, ni á estar me atrevo.

Ter. ¿De quando acá, Señor, os importunan
estos paises placidos y amenos,
que tan gratos os fueron en la infancia,
y que habeis preferido, satisfecho,
al tumulto, la pompa y los placeres
de Atenas y la Corte? ¿pues que riesgos,
ò que disgusto de ellos os arroja?

Hip. ¡Ay Teramente! ya pasó este tiempo;
todo, amigo, mudó desde el instante
que à estos amables Climas envió el Cielo
de Pasiphae, y Minos à la hija.

Ter. No digais mas, Señor, que ya os entiendo.
Fedra os disgusta, y choca vuestros ojos:
madrastra cruel os vio siempre su pecho
con aversion, y fué la primer prueba
que dió de su poder, vuestro destierro;
pues el ódio con que antes os miraba,
ò se ha extinguido, ò ya se anima lento,
por otra parte, ¿qué peligro puede
daros una muger que está muriendo,
y que busca los medios de morirse?
¿Fedra herida de un mal que con empeño
se obstina en ocultar, y ya cansada
de sí misma, del dia y sus alientos,
tener contra vos puede algun designio?

Hip. Su vana enemistad no es la que temo;
yo parto por huír de otra enemiga,
de esta joven Aricia, ultimo resto
de una sangre à nosotros siempre opuesta.

Ter. ¿Que es lo que oigo, Señor? ¿pues que, vos mesmo
tambien la perseguis? la amable hermana
de los viles Palantides sobervios,
no ha tenido jamás alguna parte
en los delitos perfidos y fieros
de sus crueles hermanos: ¿y sin causa
debeis odiar su amable candor bello,
sus inocentes gracias?

Hip. ¡Ay amigo!
si yo la odiára, no la fuera huyendo.

Ter. Señor, ¿os dignareis de permitirme
que explique de esta fuga lo que pienso?
¿vuestro genio ha mudado? ¿por ventura
ya no sois el Hipolito sobervio,
enemigo terrible, è implacable
de las leyes de amor y el yugo fiero,
que Teseo ha sufrido tantas veces?
¿Venus, la airada Venus, que con ceño
se ha visto despreciar por vuestro orgullo,
por fin justificar quiere à Teseo?
¿y poniendoos à vos à un nivel mismo
con los demás humanos, el incienso
os fuerza à derretir en sus altares?
¿amais, Señor? decidmelo sincero.

Hip. ¿Qué pronuncias, amigo? tu que has visto
mi corazon desde sus años tiernos,
¿quieres que ahora desmienta indignamente
mis fieros y orgullosos sentimientos?
tu sabes que no solo con su leche,
una madre Amazona acá en el pecho
me ha inspirado un orgullo generoso,
un corazon intrepido y alientos:
quando me conocí supe yo mismo
aplaudirme glorioso de tenerlos;
tu entonces siempre unido à mi persona,
con placer me contabas y con zelo,
la historia de mi padre, y sabes quanto
mi alma atenta à tu voz se iba encendiendo
al escuchar sus ìnclitas hazañas,
quando me hacias ver al Heroe excelso
que de la ausencia del invicto Alcides,
quedaba consolando al Universo:
esos monstruos feroces destrozados,
los huesos divididos y dispersos
del barbaro Gigante de Epidauro,
por fin á Creta, que aun se estaba viendo
humear del Minotauro en la impia sangre,

y las demás hazañas de su esfuerzo:
pero luego que tu me referias
hechos menos gloriosos ; por exemplo,
su amor tan facilmente prometido,
y aceptado por cien distintos pechos:
una Elena robada a sus parientes
en el seno de Esparta ; à Peribeo,
cuyo llanto correr vió Salamina,
y otros mil corazones que ligeros
supo engañar su ardor, de cuyos nombres
ya ni si quiera puedo hacer recuerdo:
Ariadna, que à las rocas triste cuenta
la barbara injusticia de su pecho,
y finalmente Fedra, que robada
fué con auspicios de mejor aspecto.
Tu sabes que escuchandote esta parte,
con afán y dolor te iba pidiendo,
que abreviar procurases el discurso:
dichoso yo mil veces, si mi aliento
entregára al olvido esta indecente
mitad indigna de sus altos hechos.
¿Y que pudiera yo verme ligado
á tan infame yugo? ¿hasta este extremo
pretendieron los Dioses humillarme?
tanto mas despreciable en mis afectos,
quanto à Teseo en fin hace escusable
su mucha gloria, y que ningun perverso
domado por mi brazo hasta este dia
de ser debil como él, me dá derechos.
Aun quando mi fiereza se ablandára,
¿debiera nunca de mi amante fuego
ser el objeto la inocente Aricia?
¿pudiera yo olvidarme de el eterno
obstaculo cruel que nos divide?
mi padre la reprueba, y es su intento
que à sus hermanos no les dé sobrinos:
de esta culpable raza está temiendo
un renuevo, y pretende que su nombre
con esta hermana se sepulte à un tiempo,
y que ella hasta la tumba sometida
à su tutela y leyes de Himeneo,
jamas pueda mirar arder la tea.
Este es todo su ardor, todo su anhelo;
podré yo pues injusto y atrevido
la defensa tomar de sus derechos
contra un padre irritado y poderoso?
à la temeridad daré este exemplo,
y mis jovenes años prostituídos
à un amor temerario con despecho.

Ter. ¡Ah Señor; si el momento ya ha llegado,
es vano ese discurso, porque el Cielo
no viene à consultar nuestras razones;
Teseo os disimula ; mas con eso
él os abre los ojos, quando quiere
que los tengais cerrados, su odio mesmo,
una rebelde llama en vos irrita,
y à su enemiga añade hechizos nuevos;
demás, Señor, ¿porque un objeto puro
debe inspiraros tan horribles miedos?
¿porque no gustareis de una dulzura,
si es que acaso la tiene? ¿ debe eterno
combatiros escrupulo tan rudo?
¿ podeis tener recelos de perderos,
siguiendo de el grande Hercules las huellas?
¿ Quantos sublimes valerosos pechos
no ha sujetado Venus? y vos mismo,
que ahora la combatis con tanto esfuerzo,
¿qué seria de vos, si siempre Antiope
à sus leyes opuesta por deseo,
no se hubiera inflamado en amor casto?
mas, Señor, ¿de que sirven los sobervios
afectados discursos? confesadlo:
todo se muda, y ya desde algun tiempo
no se os vé tantas veces orgulloso,
ò hacer que vuele un carro sobre el suelo,
ò practicando sabiamente el arte
que Neptuno inventó; lograr que al freno
se haga docil indomito caballo;
ya no resuenan tanto nuestros ecos
en las montañas, y hasta nuestros ojos,
aunque pretenden esconder su fuego,
parecen ofuscados y afligidos:
Señor, no hay que dudarlo, vuestro pecho
está ardiendo de amor y triste mueres;
¿porque ocultar pretendes sus incendios
en la joven Aricia, la que os supo
este fuego inspirar? hablád sincero:
vuestra pasion decidme.

Hip. Teramene,
en busca de mi padre parto luego.
Tar. ¿Y no quereis, Señor, ver à la Reyna
antes de la partida?
Hip. Este es mi intento,
y asi bien puedes ir á prevenirlo:
veamosla en fin, pues escusar no puedo
una atencion á que el deber me obliga:
¿mas que desgracia, ò que accidente nuevo
turba asi á Enone, que llorando llega?

SCENA II.

Enone y dichos.

Enon. ¡Ay Señor! ¿qué desgracia, que tormento
puede igualar al mio? ya la Reyna
está cercana á su postrer aliento:
en vano yo observo noche y dia,
mas en vano la animo y la consuelo;
morir quiere infeliz entre mis brazos
de un mal que disimula su pecho:
el eterno desorden que la agita,
su espiritu conturba, y el inquieto
disgusto que interior la despedaza,
con violencia la arranca de su lecho,
donde quiso volver á ver el dia,
pero me ha dado un orden tan severo
de hacer que nadie quede en este sitio,
mas ya viene hácia alli.
Hip. Pues yo me ausento
para dexarla libre, y que no vea
un semblante para ella tan molesto.
Vase con Teramene.

SCENA III.

Fedra y Enone.

Fed. No vamos mas allá, querida Enone,
quedemos aqui; no, ya no puedo
dar otro paso mas; me siento debil;
me deslumbra la luz que á mirar vuelvo;
ni puedo ya siquiera sostenerme:
¡ay misera de mi!
Enon. Dioses eternos,
que nuestro triste llanto os compadezca.
Fed. ¡Quanto me cansan todos estos velos,
estos vanos adornos! ¿qué importuna,
que necia mano se tomó el empeño
de venir á formarme tantas trenzas,
y juntar en mi frente los cabellos?
ay todo me atormenta, me fastidia
y conspira á mi daño.
Enon. ¡Cómo, opuestos
sus gustos entre si se contradicen!
ahora poco vos misma á componeros
excitabais, Señora, nuestras manos,
vos misma con magnanimos esfuerzos
os queriais mostrar á todo el mundo,
y volver á mirar la luz del Cielo:
ahora la veis, Señora, ¿y ya cansada
la misma luz estais aborreciendo?
Fed. Noble y brillante Autor de una infelice
triste familia; tu, numen excelso
de quien mi madre se jactaba hija,
que quizá te averguenzas del funesto
estado en que me ves: Sol luminoso,
por la postrera vez á verte vengo.
Enon. ¿Que, Señora no habeis de perder nunca
un deseo tan cruel? ¿vuestro despecho
renunciando á la vida debe siempre
preparar de la muerte los aprestos?
Fed. Justos Dioses, ¿porque no estoy sentada
á la sombra de un bosque el mas ameno?
¿quando podré seguir de un polvo ilustre,
seguir con ojos placidos y atentos,
á un carro que huye con velóz carrera?
Enon. ¡Que es esto, Santos y piadosos Cielos!
Fed. ¿Insensata, que he dicho? ¿adonde me hallo?
¿dónde van á extraviarse mis deseos
y mi infelíz razon? yo la he perdido,
los Dioses me la están obscureciendo:
Enone, la verguenza me confunde;
yo he dexado ver mucho este funesto
indecente dolor: hasta mis ojos
de llanto, á pesar mio se han cubierto.
Enon. Si de algo debeis tener verguenza,
avergonzaos solo de un silencio

que

que irrita vuestro mal: ¿pues que, Señora,
siempre rebelde á nuestros tristes ruegos,
siempre sorda al clamor de nuestras voces,
quereis ya sin piedad de vuestro alientó
el curso terminar? ¿qual es la furia
que le quiere cortar estando en medio
de su feliz carrera? ya tres veces
ha cubierto la noche con su velo
la luz del dia, sin que á vuestros ojos
haya podido introducirse el sueño,
y otras tres veces el albor del dia
ha vuelto à traer la luz sin que alimento
en vuestro cuerpo debil haya entrado:
¿qual es pues vuestra idea? ¿á qual intento
tan barbaro y atroz quiere arrojarse
vuestro amargo dolor? ¿con que derecho
osais asi á tentar contra vos misma?
vos ofendeis los Numenes eternos,
que los Autores son de vuestra vida;
haceis traicion á vuestro esposo tierno,
y á vuestros tristes è infelices hijos,
á los que vuestra muerte debe luego
sugétar bajo un yugo rigoroso:
pensad que el dia en que perdieren ellos
á su infelice madre, le renacen
todas las esperanzas de este Reino,
al hijo de la barbara estraugera,
á ese enemigo que lo ha sido fiero
de vos misma y de toda vuestra sangre,
á ese vil hijo que llevó en su seno
una cruel y barbara Amazona;
á ese Hipolito en fin...

Fed. ¡Dioses eternos!

Enon. Esta memoria irrita vuestro enfado;
veo que os enfurece este recuerdo;
y es con razon, Señora.

Fed. ¡Desgraciada!
¡que nombre han pronunciado tus alientos!

Enon. Muy bien, Señora, vuestro enojo es justo,
y me alegro de ver que vuestro pecho
de horror se llena al escuchar su nombre:
vivid pues, que el amor, que el ódio mismo
os haga cuidar mas de vuestra vida;
vivid y no sufrais que el hijo fiero
de una barbara Scita, á vuestros hijos
dé sus barbaras leyes: ni que Imperio
tenga sobre la sangre mas ilustre
de la Grecia y los Dioses; mas sea presto,
Señora; no tardeis un solo instante,
que os va cada minuto consumiendo;
reparád vuestras fuerzas abatidas
ahora que todavia vuestro aliento
está durando, y puede restaurarse.

Fed. Yo he prolongado, Enone, con exceso
la duracion de mi culpable vida.

Enon. ¿Què terrible voráz remordimiento
os destroza asi el alma? ¿qué delito
puede causar en vos tanto despecho?
en la inocente sangre vuestras manos
no se han manchado.

Fed. No, gracias al Cielo;
mis manos hasta aqui no han sido reas;
ojala, Enone mia, que en el pecho
viera á mi corazon tan inocente.

Enon. ¿Qué proyecto tan barbaro y funesto.
habeis imaginado que asi turba
á vuestro corazon?

Fed. Ya mi tormento
te ha dicho lo bastante, no me estreches
á decir lo demás; mira, yo muero
por ocultar secreto tan horrible.

Enon. Morid pues, y ocultad vuestro secreto;
pero para que cierren vuestros ojos
otras manos buscad, pues aunque veo
que os queda apenas una debil vida,
yo con la muerte encontraré primero
mil caminos abiertos que á ella guian,
y sabran mi dolor y mi despecho
escojer los mas cortos. Inhumana,
¿os ha engañado nunca mi leal zelo?
¿no os acordais de que estos brazos mismos,
quando visteis la luz, os recibieron?
yo he dexado por vos patria, parientes,
y aun mis hijos tambien; ¿y este es el premio

que

que à mi fé y à mi amor habeis guardado?
¡qué injusta paga de un amor inmenso!
Fed. Qué fruto has de sacar, querida Enone,
de saber este barbaro secreto?
tu temblarás de horror si yo me explico.
Enon. ¿Y que podeis decirme, ¡Santos Cielos!
que no ceda al horror de estar temblando
de que espireis aqui à mis ojos mesmos?
Fed. Quando tu sepas mi feróz delito,
yo moriré igualmente, mas mi aliento
morirá mas culpado.
Enon. ¡Oh Dios! Señora, *De rodillas.*
por estas fieles lagrimas que vierto,
por estas mismas debiles rodillas
que aqui abrazadas tiene mi respeto,
sacadme de una duda tan funesta.
Fed. ¿Tu lo quieres? levantate.
Enon. Ya atiendo.
Fed. ¿Qué la podré decir? ¡Cielos Divinos!
¿por donde he de empezar?
Enon. A mi leal zelo
no ofendais con injustas desconfianzas;
acabad, descubridme vuestro pecho.
Fed. ¡O venganza de Venus ofendida!
¡ò colera terrible! ¡quantos yerros
costó el amor à mi infelice madre!
Enon. Olvidadlos, Señora, y que el silencio
supulte para siempre entre sus sombras
este funesto y tragico recuerdo.
Fed. Hermana Ariadna, ¿qué pasion funesta
tubiste hasta la orilla, en que Teseo
te dexó perecer abandonada?
Enon. ¿Qué haceis, Señora? ¿qué feróz despecho,
que rabia atróz contra la sangre vuestra
os está ahora cruel enfureciendo?
Fed. ¿Qué es lo que quiere Venus de esta sangre
tan infelice toda? ¡yo perezco,
la postrera y la mas desventurada!
Enon. ¿Estais enamorada?
Fed. ¡Santo Cielo!
yo sufro de el amor todas las furias.
Enon. ¿Por quien?
Fed. Tu vas à oir el complemento.
de todos los horrores; si... yo adoro...
à este nombre fatal palpito y tiemblo.
Yo adoro...
Enon. ¿A quien, Señora?
Fed. Tu conoces...
¡ò Dioses! (de nombrarle me estremezco)
al hijo de la barbara Amazona...
à este Principe à quien por largo tiempo
yo atormenté...
Enon. ¿A Hipolito, Señora?
¿à Hipolito? ¡qué horror! ¿qué estoi oiendo?
Fed. Tu le has nombrado.
Enon. ¡O Dioses! en las venas
se me ha elado la sangre: ¡ò cruel despecho!
¡ó delito feróz! ¡ò triste Reyna!
orilla desgraciada, viage adverso,
¿porque ha querido traernos el destino
á tan terrible y peligroso suelo?
Fed. Mi mal es mas antiguo; yo me habia
sugetado à las leyes de Himeneo:
deseosa con el hijo ya contaba,
poder vivir con dias mas serenos:
Atenas me hizo ver á mi enemigo;
le vi, me avergonzé, me faltó aliento;
se me turbó el color; y una terrible
confusa turbacion sentí en el pecho:
mis ojos no veían, ni mis labios
podian respirar, y á un mismo tiempo
helar y arder el cuerpo me sentia:
yo conoci por mis ardientes fuegos
de Venus la venganza (¡cruel martirio
de una sangre infeliz que vé con ceño!)
yo pretendi aplacarla con frequentes
devotos sacrificios: la hice un Templo:
yo misma me encargué de sus adornos;
me dediqué á su culto con esmero;
y estando á todas horas rodeada
de Victimas sagradas, en sus senos
buscando andaban mi razon perdida
de un incurable amor vanos remedios:
inutilmente en el Altar suntuoso,
mi amor arder hacia el puro incienso;
quan-

quando invocaban mis profanos labios
el nombre de la Diosa, ya en el pecho
à Hipolito adoraba, y en el mismo
pie del Altar que consagró mi zelo,
sacrificaba fiel todos mis votos
à el Dios que idolatraban mis afectos:
despues traté de huirle; mas en vano,
en vano lo intenté; mis ojos mesmos
lo hallaban de su padre en las facciones:
finalmente, tan fuerte fué mi esfuerzo
contra mi misma, que para olvidarle
me hice fuerza, y le estube persiguiendo,
y por lograr quitarme la memoria
de un enemigo tan amado y bello,
el disgusto afecté de una madrastra;
no descansé pidiendo su destierro,
y mis eternas quexas arrancarle
de los paternos brazos consiguieron:
entonces respiraban, fiel Enone,
y despues de su ausencia iban corriendo
mis dias mas tranquilos è inocentes,
sometida à mi esposo, y en lo interno
sepultando mis males, cultivaba
los frutos que me daba su Himèneo:
pero, ¡ò vanos afanes! à Trecena
llamado por mi esposo, vi de nuevo
al enemigo que alejar queria;
y las tristes heridas de mi pecho
muy frescas todavia y muy recientes,
à brotar sangre otra vez volvieron:
ya no es, Enone, un fuego enardecido
que está voráz mis venas encendiendo;
es Venus toda de su presa asida:
y conozco mi error; sé todo el tedio
que merece mi llama, y la he tomado
aversion à mi vida, ódio à mi fuego;
muriendo pretendia que quedase
ignorado mi amor, y que à lo menos
se salvára mi gloria de esta mancha:
tus instancias, tus lagrimas y ruegos
me han vencido; por fin ya te lo he dicho,
Enone, todo; y no, no me arrepiento,
con tal de que respetes de mi muerte
la triste inmediacion; y mi ardor ciego
no afiijas con baldones. y que dexes
de querer con inutiles esfuerzos
animar otra vez la debil vida,
que puede ya tener muy poco aliento.

SCENA IV.

Panope y dichas.

Pan. Yo quisiera ocultaros una horrible
noticia dolorosa; pero debo
decirosla, Señora, porque puede
aprovecharos: vuestro esposo ha muerto:
solo vos ignorais esta desgracia.

Enon. ¡Panope! (¡Santo Dios!) ¿qué estás diciendo?

Pan. Que á los Cielos la Reyna pide en vano
la vuelta de Teseo, y que en el puerto
han entrado navios, que ahora han dado
à Hipolito un aviso tan funesto.

Fed. ¡Justos Dioses!

Pan. Atenas se divide
para escojer su Rey; los que son rectos,
al Principe vuestro hijo dán sus votos;
los otros olvidando de este Reyno
las leyes mas sagradas, quieren darlos
á Hipolito, en quien no hay ningun derecho:
tambien se dice que un partido injusto
trabaxa por hacer que obtenga el cetro
Aricia, y la vil sangre de Palante:
yo, Señora, creí que mi leal zelo
debia de todo esto preveniros,
para que os goberneis en tanto riesgo;
ya Hipolito está pronto à la partida,
y se teme que arrastre à todo el pueblo.

Enon. Panope, está muy bien, la Reyna te oye,
y esto podrá servirla de gobierno.

Vase Panope.

SCENA V.

Fedra y Enone.

Enon. Señora, yo dexaba de rogaros
conservaseis la vida, y mis afectos
pensaban en seguiros à la tumba:

para

para apartaros de tan cruel intento
ya no tenia voz ; pero este horrible
tan imprevisto y tragico suceso,
otras leyes os dá ; vuestra fortuna
es diferente , y ya varió de aspecto.
El Rey ha fallecido , y es preciso
que ocupeis su lugar : un niño tierno
debe ser oy vuestro unico cuydado;
si él os pierde , es esclavo desde luego;
si vos vivis es Rey ; ¿quien es quien debe
si vos faltais cuydar de sus alientos?
¿qué mano enjugará su tierno llanto?
sus gritos inocentes en el Cielo
pondrán la voz, y alli contra su madre
irritarán á todos sus abuelos:
vivid ya no teneis baldon alguno
que haceros á vos misma;vuestro afecto
es como otro qualquier , vuestro esposo
ha roto con su muerte ya el estrecho
que lo hacia culpable , y ya su hijo
no os debe ser temible, y podeis verlo
sin haceros por esto delinquente;
tal vez él amotina á todo el pueblo
porque os juzga enemiga; prontamente
idlo á desengañar con dulce acento;
desarmad su valor : Trecena es suya;
él sin duda Señor es de este Reyno,
pero sabe tambien que á vuestro hijo
señalaron las leyes los sobervios
muros que hizo Minerva : en fin vosotros
teneis una enemiga ; id de concierto,
y combatid á Aricia los dos juntos.

Fed. En fin , Enone , sigan tus consejos;
vivamos , si es posible que á la vida
me pueda restituír,y si un esfuerzo
del maternal amor conseguir puede
que se anime otra vez mi poco aliento.

ACTO SEGUNDO.

SCENA I.

Aricia y Ismene.

Aric. ¿Tu me dices que Hipolito desea
verme en este lugar? ¿y que es su intento
despedirse de mi? responde Ismene.

Ism. Si Señora , y este es primer afecto
de la tragica muerte de su padre;
ya os podeis preparar á ver muy presto
que vuelvan hácia vos los corazones
que os desviaba la saña de Teseo:
ya finalmente la Princesa Aricia
de su suerte es el arbitro , y yo creo
que á sus pies verá en breve á Grecia toda.

Aric. ¿Con que el rumor ha sido verdadero?
en fin , Ismene , ya no soy esclava?

Ism. No Señora , benevolos los Cielos
á Teseo han unido con los Manes
de tanto desgraciado hermano vuestro

Aric. ¿Mas se dice el motivo de su muerte?

Ism. Se han sembrado rumores muy diversos.
Unos dicen que habiendo á otra querida
robado nuevamente, en el mar fiero
aquel esposo infiel se ha sumergido:
otros publican (y este es el suceso
que mas credito logra) que al Cocito
baxó con Peritoo ; que vió el Infierno
y sus negras orillas ; que viviente
le miraron las sombras del Aberno;
pero que quando quiso ya no pudo
salir de aquellos margenes funestos,
ni volver á pasar la triste orilla
de que nunca se vuelve.

Aric. ¿Pero puedo?
pensar yo que un mortal penetrar logre
la habitacion profunda de los muertos
mientras en vida está? ¿ni que motivo
á cotos tan temidos pudo atraerlo?

Ism. Teseo ya murió ; vos solamente
quereis dudarlo : Atenas está en duelo:
Trecena ya lo sabe , y reconoce
á Hipolito por Rey : Fedra en secreto,
con tal noticia absorta y consternada,
por su hijo tiembla, y les está pidiendo
dictamen y socorro á sus amigos.

Aric ¿Y tu piensas que Hipolito mas tierno,
mas humano conmigo que su padre
quie-

quiera hacer mis pesares mas ligeros?
¿qué tendrá compasion de mis desgracias?

Ism. Si Señora, de Hipolito lo creo.

Aric. ¿No conoces à su animo insensible?
en que fundas los frivolos consuelos
de que me compadezca, y que en mi sola
respete á un sexo el qual mira con tedio?
tu has visto como busca los lugares
donde no nos hallamos, y que ha tiempo
que huyendonos está.

Ism. Yo sé, Señora,
todo lo que se dice de su genio
y fria sequedad; pero he observado
con estudio á este Hipolito severo
quando os hablaba, y no me ha parecido
tan arrogante, tan altivo y fiero,
como la fama dice: á las primeras
miradas vuestras observé su aliento
turbado y confundido, y que sus ojos
que hicieron al principio urbano esfuerzo
para evitaros, tiernos y amorosos
despues no hallaban modo de no veros:
quizá el nombre de amante es el que choca
à su orgullo tenáz; pero yo creo
que sino son de amante sus palabras,
de muy amante son sus ojos tiernos.

Aric. Cómo mi corazon, querida Ismeno,
de complacencia y de contento lleno,
escucha ansiosamente ese discurso;
aunque quizá no tiene fundamento!
querida amiga, tu que me conoces,
¿pudiste imaginar que yo, (que objeto
he sido siempre de una infausta suerte)
que un triste corazon siempre deshecho
en llanto y amargura, al fin debiese
conocer el amor y sus incendios?
yo sola de las furias de la guerra
he salvado la vida, ultimo resto
de la sangre infeliz de un Rey ilustre;
yo he visto perecer en poco tiempo,
y en la flor de su edad à seis hermanos
de una casa que apoyo tan sobervio,
el fiero destructor los segó à todos,
la tierra vió inundar su triste seno,
y à su pesar bebió la ilustre sangre
de los nobles sobrinos de Ericteo:
bien sabes que despues una severa
y vigilante ley, á todo Griego
aspirar à mi mano le próhibe;
se temerá sin duda que el incendio
de la hermana animar pudiera un dia
de sus hermanos el cadaver yerto;
pero sabes tambien con que desdenes
ha visto mi altivéz estos empeños
de un vencedor injusto y receloso;
y que al amor mi pecho siempre opuesto,
el rigor de Teseo agradecia,
pues sin pensar servir à mis deseos
entonces, fiel Ismene, no habian visto
mis ojos à su hijo; no por esto
pienses que por la vista enamorada
quedé de la belleza y los talentos
que todos tanto alaban: dones nobles
con que el Cielo le adorna, mas que el mesmo
ò con desprecio trata, ò los ignora:
no, Ismene, yo amo en él, en él aprecio
calidades mas dignas: las virtudes
que en su padre se vén son sus defectos;
yo amo, te lo confieso, ese orgulloso
corazon que jamás al yugo fiero
de amor se ha sugetado: en vano Fedra
se honra con los suspiros de Teseo;
yo mas altiva soy, y asi no estimo
la gloria facil de obtener un pecho
que á otras se ofrece, ni de hallar entrada
en corazon que à muchos está abierto:
solo á mi orgullo lisongear podian,
sugetar un valor nunca sugeto,
rendir un corazon que era insensible,
y hacer que sienta el amoroso fuego;
poner fuertes cadenas à un cautivo,
que sorprendido de mirarse preso,
en vano pretendiera revelarse
contra un yugo que él mismo está queriendo:
esto es à lo que aspiro; esto pudiera
irritar la ambicion de mis deseos:

Hercules mismo, Ismene, era mas facil
de desarmar , que Hipolito ; y su pecho
mas veces (sojuzgando) menos gloria
daba al amor con sus suspiros tiernos:
pero , ¡ ay Ismene ! ¡ qual es mi impru-
dencia !
demasiado quizá su orgullo fiero
resistirá al amor , y tu algun dia
me oiras gemir humilde en mis lamen-
tos
de lo mismo que ahora en èl admiro.
Mas que, ¿ será posible, Santos Cielos,
que Hipolito me quiera? ¿ porque dicha
pueden haber logrado mis afectos
vencer un corazon?
Ism Señora , él mismo
os lo dirá, pues viene hácia este puesto.

SCENA II.

Hipolito y dichas.

Hip. Antes , Señora , que de aqui me au-
sente,
le pareció preciso à mi respeto
advertiros de todos mis designios:
ya mi padre murió , bien mis recelos
adivinaban la razon funesta
de una ausencia tan larga , y de el si-
lencio
en que estaba su nombre sepultado,
porque solo la muerte sus excelsos
y sublimes trabajos terminando,
lo podia ocultar tan largo tiempo :
en fin crueles los Dioses entregaron
à la homicida parca , al compañero
y fiel amigo y sucesor de Alcides :
pienso que sin disgusto el ódio vuestro,
por eleccion á sus virtudes oye
estos nombres debidos à sus hechos;
en la mortal tristeza que me aflige
solo me anima un placido consuelo,
y es , Señora , que puedo libertaros
de una austera Tutela ; desde luego
yo revoco una ley que antes sentia ;
ya soy de vuestra suerte unico dueño;
y en Trecena que ya reconocido
me tienen por su Rey , pues de mi
Abuelo
la herencia debe ser : ya sois , Señora,
tan libre,y aun mas libre que yo mesmo.
Aric. ¡Ay Señor! moderad tantos favores,
que pueden oprimirme con su exceso:
esas tan generosas intenciones
me sugetan con modo mas estrecho
à las leyes austeras , de que ahora
pretende dispensarme el favor vuestro.
Hip. Atenas todavia se divide
para escoger su Rey : me nombra el
pueblo ;
del hijo de la Reyna , y de vos habla.
Aric. ¡ De mi , Señor !
Hip. Bien sé , sin que mi aliento
me pueda lisongear que una severa
y mui estrecha ley , todo derecho
prohibirme pretende , y que la Grecia
me baldona un origen estrangero;
pero , Señora , si mi hermano solo
me disputára el Reyno , sobre él tengo
legitimos derechos , que mi brazo
ayudado de amigos y del pueblo
salvára del capricho de las leyes ;
otro freno mas justo de mi esfuerzo
detiene la osadia ; y yo , Señora,
con alborozo , con placer os cedo,
ò para hablar mejor os restituyo
el cetro que otra vez vuestros Abuelos
recibieron de aquel mortal sublime,
de áquel Heroe magnanimo y excelso,
que en sus entrañas concibió la tierra,
y entre las manos del valiente Egeo
lo puso la adopcion : despues que Ate-
nas
recibió de mi padre sus aumentos,
viendose mejorada y protegida,
reconoció con gusto el dulce Imperio
de un Rey tan generoso , y al olvido
entregó à todos los hermanos vuestros.
Ahora la misma Atenas á sus muros
os llama con fervor y leal zelo,
ya ha sufrido bastante , demasiado:
sus surcos infelices y funestos,
empapados en vuestra ilustre sangre,
han hecho humear aquel mismo terreno
de que habia salido ; ya Trecena
me reconoce por un solo dueño:
las campañas de Creta ya le ofrecen
al

al hijo de la Reyna, asi lo quiero,
y le dan una rica retirada:
el Atica, Señora, desde luego
es vuestro patrimonio, y solo parto
á ver si conseguir puede mi zelo,
que se reùnan en vos todos los votos,
que entre los tres están ahora dispersos.

Aric. ¡Ay Señor! espantada, confundida
de todo lo que os oigo, casi temo
que este no sea un sueño que me engañe:
¿estoi despierta? ¡ò Dios! ¿segura puedo
creer designio tan noble y generoso?
¿qué Dios, Señor, que Dios tan alhagueño
os lo pudo inspirar? ¿quién justamente
vuestra gloria decanta al Universo?
¡quanto á la fama la verdad excede!
que, Señor, ¿vos quereis un grande Imperio
¿perder en favor mio? ¿no bastaba
no aborrecerme? haber tan largo tiempo
reservada vuestra alma de la injusta
violenta enemistad...

Hip. ¿Yo aborreceros?
¡ah Señora! por mas que os hayan dicho
de mi fiereza; ¿habeis hecho concepto
que naciese del vientre de algun monstruo?
¿qué costumbres salvages, que ódio fiero
endurecido y cruel no se acabára
desde que viera los encantos vuestros?
he podido yo mismo resistirme
al hechizo divino y alhagueño...

Aric. ¿Què, Señor?

Hip. El amor me ha transportado,
ya he dicho mucho: mi impetuoso fuego
arrastra mi razon y la despeña;
pero pues he empezado de el silencio
la clausura á romper, fuerza es, Señora,
proseguir, y deciros un secreto
que mi encendido corazon no puede
en su seno ocultar mas largo tiempo.
Vos veis, Señora, un Principe infelice,
hecho terrible y memorable exemplo
de un temerario orgullo: yo que siempre
de las llamas de amor contrario, fiero,
insultaba feróz á las prisiones
de sus viles cautivos, que sintiendo
de los ciegos y debiles mortales
los miseros naufragios, desde el puerto
creía ver sus crueles tempestades;
á las comunes leyes ya sugeto,
me siento transportar por una llama,
la qual de mi razon me pone lejos:
un momento ha rendido mi imprudente,
mi barbara osadia, y este pecho
tan sobervio y feroz, se halló cautivo
ha cerca de seis meses, que trayendo
conmigo el dardo cruel que me destroza,
lidio con vano y vergonzoso esfuerzo
contra mí y contra vos; si estais presente
huyo de vos, y estando ausente os veo;
vuestra imagen me sigue hasta en las breñas
del bosque inculto; el resplandor del Cielo,
la noche y quanto miro me presentan
el mismo encanto de que estoi huiendo:
en todo está sugeto á vuestras leyes
el infeliz Hipolito; yo mesmo
me busco y no me hallo: ya mi arco,
mis flechas y mi arco me dan tedio:
ya no me acuerdo mas de las lecciones
que Neptuno me dió; mis tristes ecos
son los solos que se oyen en el bosque;
mis caballos ociosos largo tiempo
hasta el són de mi voz han olvidado:
quizá, Señora, al oírme tan grosero,
tan salvage discurso, os dá verguenza
el poder inspirar tan rudo fuego:
¡que explicacion tan torpe para un alma
que os ofrece su amor! ¡què prisionero
tan rustico y feróz para la dulce
cadena amable que os está pidiendo!
pero pensád, Señora, que la ofrenda
no os debe parecer solo por esto
menos grata; mirád que estoi hablando
en un idioma para mi estrangero,
y no es bien despreciar por su lenguage
una pasion vehemente, que mi pecho

jamàs sin vos hubiera concebido.

SCENA III.

Teramene y dichos.

Ter. Señor, la Reyna viene, y mi leal zelo
procuró adelantarse, por deciros
que buscandoos está.
Hip. ¿Qual es su intento?
Ter. No sè, mas han venido de su parte
á preguntar por vos; á lo que pienso
antes de la partida querrá hablaros.
Hip. Fedra ¿què la diré? ¡Dioses eternos!
¿qué quiere ella conmigo?
Aric. Señor, ahora
no la podeis negar este consuelo,
y aun que estais convenidos de la ardiente
enemistad que os tiene, algun afecto
de compasion debeis á sus dolores.
Hip. Mas entre tanto vos os vais muy lexos,
y yo habré de ausentarme sin que sepa
si ofendo á los encantos que venero,
y si un rendido corazon amante
que abandonado en vuestras manos dexo...
Aric. Partid, Señor, partid; y seguid siempre
vuestros nobles magnanimos intentos;
yo acepto todos vuestros altos dones,
pero sabed, Señor, que el de este Imperio
aunque tan grande sea, y tan ilustre
no es el que miro con mayor aprecio.
Vase con Ismene.

SCENA IV.

Hipolito y Teramene.

Hip. ¿Teramene, está todo prevenido?
mas ya llega la Reyna; vete presto
y dispon la partida; ház prontamente
que te dè la señal; anda al momento,
ordena, mueve, y librame quanto antes
de un discurso que debe ser molesto.
Vase Teramene.

SCENA V.

Fedra, Hipolito y Enone.

Fed. Enone, ves alli; toda la sangre
se me retira al pecho, y no me acuerdo
de lo que iba á decir quando le miro.
Enon. Dexad, Señora, ya esos pensamientos,
y acordaos de un hijo en que vos sola
tiene esperanza de encontrar consuelo.
Fed. Oigo, Señor, que un viage apresurado
os ausenta de aqui; por eso vengo
à juntar mi dolor con vuestro llanto,
y à deciros que está mi pecho inquieto
por la suerte de un hijo: el infelice
ya ha perdido à su padre; no está lexos
el dia en que verá mi infausta muerte:
terribles enemigos desde luego
à perseguir su infancia han empezado,
solo vuestro alto generoso esfuerzo
puede tomar contra ellos su defensa;
pero, Señor, un cruel remordimiento
turba mi corazon y le confunde,
pues temo que à sus miseros lamentos,
yo misma os he cerrado los oidos;
yo recelo, Señor, que sea el objeto
de vuestras justas iras, y que pague
las culpas de su madre el hijo tierno.
Hip. Señora, yo no tengo alma tan baxa.
Fed. Quando me aborreciera vuestro ceño,
no debiera quexarme, fueran justas
vuestras iras, Señor, pues largo tiempo
os persiguió mi saña, y vuestros ojos
no veían el fondo de mi pecho:
os tratè como barbara enemiga;
ni permití os quedaseis en el suelo,
que era mi habitacion, y declarada
contra vos siempre en publico y secreto,
quise que un ancho mar nos dividiese:
aun no contenta, di orden mui estrecho
de que nadie os nombrase en mi presencia:
ved que nada os encubro; con todo eso,
si los castigos deben ajustarse

à los agravios ; si vuestro ódio fiero
solo merece la que os vé con ódio ;
jamás muger en todo el Universo,
pide vuestra piedad, Señor, mas digna,
ni menos digna fué del ódio vuestro.
Hip. Yo no ignoro, Señora; que una madre
que mira por sus hijos con sus zelos,
perdona rara vez al de otra esposa:
los sinsabores y desabrimientos
de un segundo Himeneo son el fruto:
qualquiera otro sin duda haria lo mesmo,
y quizá me hubiera hecho mas ultrajes.
Fed. ¡Ay Señor! ¡quanto el hado, quanto el Cielo
con quien ahora atestiguo, de esas leyes
me ha querido exceptuar! ¡y que diverso
es el afán que el pecho me debora!
Hip. Pero, Señora, todavia no es tiempo
de afligiros asi ; tal vez no es cierta
la noticia infeliz, y puede el Cielo
su vuelta conceder á nuestro llanto.
Neptuno le protexe con empeño,
y este su natural Numen sagrado
no hará que vanos sean nuestros ruegos.
Fed. No se vén las orillas infernales,
Señor, dos veces ; y pues ya Teseo
vió sus obscuros cotos, es inutil
esperar que ningun Numen excelso
lo vuelva; que Acheronte siempre avaro
no abandona su presa : mas su aliento
no está muerto sin duda, pues respira
continuamente en vos, y tener creo
delante de los ojos à mi esposo:
si, yo le veo, le hablo, y en mi anhelo...
¡mas Dioses! yo me pierdo, y mi ardor loco
se quiere declarar á mi despecho.
Hip. De vuestro vivo amor, Señora, admiro
el ardor singular : aunque à Teseo
llorais difunto, ya de vuestra vista
no se aparta jamás, y vuestro pecho
conserva sus afectos encendidos.
Fed. Si, Principe, yo me ardo, yo me quemo
en amor de mi esposo ; yo le adoro,
no tal como le han visto los Infiernos
idolatra voluble de hermosuras,
que con ligero y vacilante afecto,
hasta de el Dios que al Tartaro preside
vá à deshonrar y prostituir el lecho;
sino constante, fiero y algo rudo,
arrastrando tras si todos los pechos
como suelen pintar á nuestros Dioses:
y finalmente tal como yo os veo;
él tenia vuestro aire, vuestros ojos,
vuestro modo de hablar ; y hasta ese tierno
inocente pudor á su semblante
daba tambien un colorido bello:
quando llegando á Creta de la llama
de las hijas de Minos fué el objeto;
¿porque entonces, Señor, no habeis venido?
¿porque Teseo à tantos Heroes Griegos
congregó sin que Hipolito estubiera?
¿porque vos todavia joven tierno.
no pudisteis venir en el navio
que lo conduxo à nuestro triste puerto?
por vos sin duda hubiera perecido
aquel monstruo terrible; si; aquel fiero,
aquel barbaro monstruo ; sin embargo
del laberinto lobrego è inmenso,
que era su obscura y triste retirada;
para girar sus intrincados senos,
mi hermana hubiera armado vuestra mano
con el hilo ; mas no, porque mi afecto
se hubiera adelantado : amor, sin duda,
inspirado me hubiera el pensamiento.
Yo, Principe, yo soi la que oficiosa
os hubiera enseñado los senderos
de el laberinto: ¡ò Dioses! ¡quanto susto
me hubiera á mi costado! ¡qué recelos,
el cuidado de vida tan preciosa!
pero un hijo no hubiera de mi pecho
calmado la inquietud, pues mis afanes
querrian del peligro compañeros,
marchar alli con vos yendo delante;
de modo, que enlazada en comun riesgo
nuestra suerte, se hubiera libertado
con vos Fedra, ò con vos hubiera muerto.

Hip. ¡Qué es lo que escucho, Cielos soberanos!
pues que, ¿ olvidais, Señora, que Teseo
es mi padre, y tambien vuestro marido?
Fed. ¿Y sobre que juzgais que no me acuerdo ?
pues que, Principe, ¿ acaso yo he perdido
todo el cuidado que à mi gloria debo ?
Hip. Perdonadme, Señora, ya conozco
con rubor que acusaba torpe y necio
un discurso sencillo: mi verguenza
no puede sostener mas vuestro aspecto,
y voy...
Fed. ¡Ah ingrato! finges que no entiendes,
y demasiado entiendes mi tormento;
à mi pesar mi corazon tan docil
te ha explicado su ardor, pues por entero
conoce á Fedra y todos sus furores:
yo te adoro, mas no pienses por eso
què apruebe mi pasion, y que yo misma
tenga por inocentes mis afectos:
tampoco pienses que haya fomentado
mi infame complacencia este vil fuego,
esta llama voráz que me debora
de celestial venganza, triste objeto:
yo me aborrezco mas, tengo à mi misma
aun mas horror del que me estoi teniendo:
bien lo saben los Dioses, esos Dioses
que han encendido en mi infelice pecho
este ardor destructor de mi familia;
esos Dioses crueles que se han hecho
una gloria feroz y sanguinaria
de seducir el corazon ligero
de una simple mortal; tu mismo puedes
acordarte de todos mis esfuerzos:
yo no me he contentado con huirte,
te he desterrado con rigor violento;
pretendí que me vieses perseguirte;
parecer à tus ojos monstruo fiero,
por poder resistirte con mas fuerza:
en fin, buscaba tu aborrecimiento;
¿y de que ? (justos Dioses) me ha servido
tan duro afan? yo no te amaba menos,
y tu me odiabas mas; todos tus males
eran para mi vista encanto nuevo:
yo he sufrido por fin; me he aniquilado
con mi fuego y mi llanto, y desde luego
debieran persuadirtelo tus ojos:
si tus ojos pudieran un momento
en mi vista pararse... ¿ mas que digo?
¿esta declaracion que ahora te he hecho,
te imaginas que sea voluntaria ?
errante, llena de ansias y de zelos
por la suerte de un hijo, á quien creía
este oficio deber; mi unico intento
fué pedirte que no le aborrecieras;
proyecto debil de un amante pecho
lleno de lo que adora... ¡ay de mí triste!
yo sola pude hablarte á tí mesmo:
vengate pues; castiga en mi la injuria
de amor tan detestable y tan perverso;
hijo digno del Heroe respetable
á quien debes la vida y el esfuerzo:
liberta al Universo de este monstruo.
¡Santos Dioses! ¡la Viuda de Teseo
osa querer á Hipolito su hijo!
un monstruo tan horrible debe presto
aspirar por tu furia vengadora:
vé aqui mi corazon, y por el medio
debe herirle tu brazo que impaciente,
porque te expie su delito horrendo,
se adelanta al encuentro de tu brazo;
traspasamele pues, y si mi pecho
no es digno de tus golpes, si á tu oído
le parece mui digno este tormento;
ò sino quieres empañar tu mano
en sangre tan inmunda, por lo menos,
sino tu brazo, prestame tu espada;
damela pues, y aqui...
Enon. ¡Què es esto Cielos!
¿què es lo que haceis, Señora ? que delirio...
pero ay que gente viene: entraos presto.
Vase Fedra y Enone.

SCENA VI.

Hipolito y Teramene.

Ter. ¿Señor, què es lo que miro? Fedra os huye,

ò

ò mas presto la arrastran: ¿pues que es esto?
¿porque estais alterado sin espada,
perdido de color y sin aliento?

Hip. ¡Ay Teramene! huyamos ; mi sorpresa
no puede ser mas grande : yo me veo
con horror á mi mismo: amigo, Fedra...
pero no ; que este barbaro secreto
que se ahogue para siempre en el olvido.

Ter. Señor, si quereis iros, ya en el puerto
vuestras naves aguardan ; pero Atenas
se ha declarado al fin ; ya recogieron
los votos de las Tribus sus Caudillos,
ya vuestro hermano ha conseguido el Reino ;
en su favor los mas se declararon,
y Fedra vence.

Hip. Fedra ¡ justos Cielos !

Ter. Un Rey de armas que Atenas representa,
ha venido á Palacio con intento
de entregarle las riendas de el estado:
ya su hijo es Rey , Señor.

Hip. ¡Dioses eternos !
que veis su corazon; ¿son sus virtudes
las que recompensais?

Ter. Se anda diciendo
que Teseo respira , y aun se añade
que algunos en Epiro ya le vieron;
mas yo que lo busqué, sé quan errado...

Hip. No importa , Teramene , será cuerdo,
que lo apuremos todo : no se excuse
alguna diligencia ; examinemos
ese rumor ; busquemosle el origen:
partamos prontamente de este suelo,
y en manos que son dignas de gozarle,
á toda costa el cetro coloquemos.

ACTO TERCERO.

SCENA I.

Fedra y Enone.

Fed. Que me escusen los fribolos honores
que Atenas me remite. ¿En este estado
quieres que de ninguno dexe verme?
¿con que te viene ahora lisonjeando
mi consternado pecho ? tu debieras
ocultarme del mundo : ya mis labios
demasiado dixeron : mis furores
se han descubierto ya , y he pronunciado
lo que nunca debiera haberse oído:
¡de que modo lo estaba él escuchando!
¡cómo eludir queria mis discursos!
¡con artificio el mas disimulado,
de retirarse no veía la hora!
¡y quanto su poder y su embarazo
redoblaron el mio! cruel Enone,
¿porque impediste mi violento brazo?
¡ay de mi ! quando ya su espada iba
á herirme el corazon, ¿ le has observado
turbacion ni piedad? ¿hizo siquiera
para impedir el golpe algun amago?
bastaba que una vez mi mano impura
empuñado la hubiese ; mi contacto
se le hacia execrable , y él creía
que aquel azero mancharia su mano.

Enon. ¿Asi , Señora, procurando siempre
en sentir vuestro misero quebranto,
estais alimentando el fuego mismo
que debiera extinguir vuestro cuidado?
¿no seria mejor como de Minos,
digna sangre , buscar vuestro reparo
en afanes mas nobles? ¿de la fuga
el remedio escoger contra un ingrato
reinar , y de un estado que os implora
admitir el gobierno Soberano ?

Fed. ¿Qué me dices , Enone? ¿què yo reine?
¿qué sugete à mis leyes un estado,
quando ya mi corazon sobre mi misma
reinar no puede ? ¿ quando en mi no hallo
el Imperio menor de mis sentidos?
¿quando apenas respiro en mi quebranto
oprimida de un yugo vergonzoso?
¿quando me muero en fin?...

Enon. Huíd , alejaos.

Fed. Yo no puedo apartarme de su vista.

Enon. Vos pudisteis, Señora, desterrarlo,
vos podreis huír de él con un esfuerzo.

No,

Fed. No, Enone, ya no es tiempo; que el ingrato
sabe ya mis ardores indecentes;
yo he pasado los limites sagrados
del austero pudor; he descubierto
mi verguenza à mis ojos, y han mirado
un rayo de esperanza mis delirios;
tu misma de mis miseros desmaios
me volviste á la vida, y reteniendo
el alma que asomaba ya á mis labios,
sufriste con consejos lisonjeros
resolverme á vivir: me has dicho claro
que le podia amar.
Enon. ¿Y que no hubiera
emprendido mi afecto por salvaros,
con delito, ò sin él? pero, Señora,
¿podeis olvidar nunca los agravios
de ese monstruo sobervio y orgulloso?
¿con que ojos fieros, con que gesto estraño
os dexaba estar casi arrodillada,
porque Fedra en aquel momento amargo
mis ojos no tenia...
Fed. Mira, Enone,
él puede con el tiempo ir desechando
ese feróz orgullo que te ofende;
en las montañas rusticas criado,
todavia conserva su rudeza;
endurecido desde tiernos años
quizás hablar de amor ahora ha sentido:
si; hablar de amor ahora habrá escuchado
por la primera vez, y su silencio
puede nacer del mismo sobresalto;
si es asi, nuestras quexas son injustas.
Enon. Pensad que una Amazona le ha formado
en su barbaro vientre.
Fed. Mas la misma,
aunque Scita y feróz, se ha sugetado
à las leyes de amor.
Enon. Señora, él mira
á nuestro sexo con horror y enfado.
Fed. Mejor, pues que con eso á otra querida
no veré que la trate con agrado:
en fin, Enone, dexa tus consejos,
ya no son de sazon esos reparos;
sirve, no á mi razon, sino á mi llama:
si Hipolito resiste á mis alhagos
con corazon feróz è inacesible,
para acertar el golpe y atacarlo,
es menester buscarle aquel parage
en que sensible sea: los encantos
de un Imperio parece que le agradan.
Atenas le traía: ya sus barcos
habian vuelto las proas á aquel rumbo,
y el velamen ondeaba, abandonado
al gusto de los vientos: corre, Enone,
corre y vé al ambicioso, habla al ingrato;
hoi brillará á sus ojos la corona.
que él se ponga el Diadema soberano
sobre su hermosa frente; yo no aspiro
ni quiero mas honor, cetro ni mando
que el placer de ceñirselo yo misma:
cedamosle un poder, que necesario
será por fin cederle: él á mi hijo
quizá querrá servir de padre y Ayo,
enseñandole el arte de gobierno:
yo á un mismo tiempo pongo entre sus manos
á la madre y al hijo... en fin, Enone,
para rendirle, tienta todo quanto
imaginar pudieres; tus discursos
mas que los mios hallarán agrado:
llora, ruega y estrecha: dí que Fedra
está para morir: sin embarazo
sirvete de un estilo suplicante:
de nada de lo que hagas, por doblarlo
te sabré desmentir; que ya en tí sola
pongo mis esperanzas: vé volando;
vuelve con prontitud, que aqui te espero,
y solamente tu respuesta aguardo
para reglar mi misero destino...
Vase Enone.

SCENA II.

Fedra sola.

Fed. O tu, que ves el vergonzoso paso
á que desciendo, Venus implacable,
¿tu pertináz furór no se ha saciado?
tu

tu misma no supieras de que modo
llevar mas adelante mis escarnios:
ya tu triunfo es perfecto, y tu venganza
todos sus crueles golpes ha logrado:
tirana, si es que quieres una gloria
de que puedes sacar honor mas alto,
ataca un corazon que te es rebelde;
Hipolito te huye, y despreciando
el rigor de tu saña, sus rodillas
jamás en tus altares ha doblado:
tu nombre ofende á su altivez grosera:
Diosa, vengate en él; ambos estamos
igualmente ofendidos: mas, ¿qué es esto?
¿Enone, ya tu vuelves? ¿que el ingrato
me detesta? ¿siquiera no consiente
en oírme?

SCENA III.

Fedra y Enone.

Enon. Señora, llegó el caso
de que vuestra alma olvide la memoria
de un amor tan terrible como vano,
y que de su virtud solo se acuerde:
el Rey que muerto todos han juzgado,
se os va á poner delante de los ojos,
y vendrá á este paraje de aqui á un rato:
Teseo ahora de llegar acaba:
el pueblo para verle apresurado
corre y se precipita: yo salia
por orden vuestra á Hipolito buscando,
quando mil gritos que hasta el Cielo suben...

Fed. Dioses eternos, ¿qué es lo que he escuchado?
mi esposo vive ¡ò Cielo! esto me basta;
él vive todavia, y yo he explicado
el amor indecente que le ultraja,
este furioso amor... cierra los labios;
no quiero saber mas.

Enon. ¿Pues que, Señora?

Fed. En las venas la sangre se me ha helado:
bien te lo habia predicho; tu obstinada
no has querido creerme: tu infiel llanto
á mis remordimientos ha vencido;
esta misma mañana iba espirando
digna de ser llorada, ya ahora espiro
llena de deshonor, digna de escarnio.

Enon. ¿Vos morireis, Señora?

Fed. ¡Oh Dios! ¿qué escucho?
¿qué mi esposo vendrá con su hijo al lado,
y yo veré al testigo de mi infame,
de mi adultero ardor, ardor insano
que me estará observando, si es que llego
á encontrar á su padre, con descaro?
él me podrá observar, que llego á hablarle
con mi pecho infeliz, lleno y cargado
de suspiros, que oir él no ha querido
con los ojos bañados en un llanto,
que aquel ingrato ha visto con desprecio:
¿puedes Enone, haber imaginado
que el honor de su padre no le asiste,
y que quiera ocultarle el incendario
ardor que me devora? ¿te persuades
á que pueda sufrir tan grande agravio
de su padre y su Rey? no podrá él mismo
contener el horror y desagrado
con que es preciso que me mire siempre:
¡mas ay! que su silencio fuera vano:
yo sé mi iniquidad, y no soy de esas
mugeres atrevidas, que gozando
de una tranquila paz de sus delitos
se han formado un semblante descarado
que nunca se averguenza: conozco
quales son mis infamias: las repaso
en mi triste memoria, y me parece
que estas mismas paredes tienen labios,
y esperan á mi es poso por contarle
la vil perfidia de mis desacatos.
Muramos pues, y que una muerte pronta
de tanto mal acabe los estragos:
muramos otra vez, y sobre todo
¿el dexar de vivir es tanto daño?
para los corazones infelices
no tiene horror la muerte, no me espanto,
mas que del triste, y detestable nombre
q̃ tras mi he de dexar. ¡Ay Dioses altos!

¡qué horrible herencia de mis tristes
hijos!
la sangre del Consorte Soberano
que en sus venas tambien esta la tiene,
debe inflamar su espiritu bizarro:
pero por mas orgullo generoso
que les inspire origen tan sagrado,
son siempre los delitos de su madre
manchas tales que deben humillarlos:
yo temo que algun dia les baldonen
de una madre culpable el desacato,
y temo que oprimidos con el peso
de ver mi honor y nombre deshonrados,
no osen siquiera levantar los ojos.

Enon. Lo que decis, Señora, está mui
claro,
con lastima los miro, jamás hubo
ni mas justo temor, ni mas fundado:
¿pero porque á tan miseras afrentas
le quereis exponer? ¿porque acusaros
pretendeis á vos misma? pues Señora,
si ahora no vais á verle, es necesario
que se piense que Fedra delinquente
teme los ojos de su esposo airado:
Hipolito es feliz, pues que vos misma
quereis á sus discursos temerarios
todo credito dar con vuestra muerte:
¿qué podrá responder mi triste labio
á vuestro acusador? sin pena alguna
me podrá confundir, y yo llorando
le escucharé jactar su horrible triunfo,
y contar vuestros miseros agravios
á quien los quiera oir. ¡Ah! que primero
me destroze la colera del hado:
no, no lo sufriré: pero, Señora,
decidme una verdad, habladme claro,
no engañeis mi deseo de serviros:
¿aun está vuestro pecho enamorado?
¿con que ojos mira ahora vuestro afecto
de este Principe altivo los encantos?

Fed. Como de un monstruo horrible.

Enon. Pues, Señora,
¿porque quereis cederle todo el lauro?
vos recelais que Hipolito os acuse,
pues id vos y avisadle de antemano:
del delito que vayais á imputarle,
¿quién podrá desmentiros? los acasos
están todos contra él: su espada misma
que dexó por fortuna en vuestras manos;
vuestras presentes y pasadas penas;
su propio padre que ha escuchado tanto
vuestras amargas quexas: finalmente
su destierro por vos solicitado.

Fed. Que yo oprima, y acuse la inocencia,
no, Enone, es mucha infamia.

Enon, Mis engaños
solo vuestro silencio necesitan:
tambien yo como vos estoi temblando:
siento en mi alma voráz remordimiento,
y mas quisiera con valor osado
padecer muchas muertes: mas, Señora,
pues sin este remedio, aunque tirano
es preciso perderos; vuestra vida
tiene para mi amor precio tan alto
que le cedo quanto hai: dexadme sola,
yo lo manejaré, que aunque irritado
quede con mis avisos vuestro esposo,
imagino que todos sus enfados
pararán solo en desterrar á su hijo.
Un padre que castiga va despacio,
y un suplicio ligero es suficiente
para templar su saña; pero aun quando
se derramára la inocente sangre;
¿qué no debe quedar atropellado
por salvar vuestro honor? este tesoro
es mui precioso para aventurarlo:
para salvar vuestra honra combatida
sacrificarlo todo es necesario,
y aun la misma virtud. Pero, Señora,
vuestro esposo hácia aqui se vá acercando.

Fed. ¡Santos Cielos! ¡qué Hipolito le sigue!
ya en sus ojos crueles he mirado
que me quiere perder. Querida Enone,
ház lo que te parezca: yo me encargo,
me abandono á tu zelo: tan turbada
se encuentra mi razon que no me hallo
la fuerza ni el valor de gobernarme.

*** *** ***
*** ***
***

SCE-

SCENA IV.

Teseo, Hipolito, Teramene y dichas.

Tes. Ya, Señora, por fin menos tiranos
se me muestran los Dioses este dia,
pues permiten que pueda en vuestros brazos...

Fed. Deteneos Teseo; vuestro afecto
no profane conmigo esos alhagos:
yo no merezco ya vuestras caricias;
vos estais ofendido: hado contrario
tambien ha perseguido à vuestra esposa,
y siendo indigna ya de vuestro lado,
solo debo pensar en ocultarme.
Vase con Enone.

SCENA V.

Teseo, Hipolito y Teramene.

Tes. Hijo mio, ¿qué modo tan estraño
de recibir á vuestro padre es este?

Hip. Solo Fedra, Señor, estos arcanos
os puede descubrir: pero si pueden
algo con vos mis ruegos humillados,
permitid que jamás à verla vuelva:
sufrid que para siempre retirado
el infeliz Hipolito no habite
los sitios en que Fedra está habitando.

Tes. ¿Vos dexarme, hijo mio?

Hip. Mi designio
nunca ha sido buscarla; à este palacio
vos la hicisteis venir; vos disteis orden
paraque se quedasen entre tanto
Fedra y Aricia juntas, y à mi zelo
de guardarlas hicisteis el encargo:
vos, Señor, habeis vuelto: ¿qué motivo
me puede detener? ya demasiado
mi briosa juventud en las montañas
ha mostrado su ardor siempre lidiando
contra enemigos viles: ¿no es ya tiempo
de dexar un reposo vil y baxo?
y de que empieze ya á manchar mis armas
en sangre digna de un valor bizarro?
¿de un valor heredado de tí mismo?
permitid pues, Señor, que llegue el caso
de ocupar mi valor; y si algun monstruo
se ha podido escapar de vuestra mano,
sufrid que traiga à vuestros pies invictos
sus sangrientos despojos; ò acabando
mi vida en imitar vuestras empresas,
haré ver à los siglos mas lejanos
que soi digno, Señor, de ser vuestro hijo.

Tes. ¿Cielos, què es lo que veo? ¿qué he escuchado?
¿qué discordia feróz, que cruel veneno
vá en mi infeliz familia derramando
sus espantosos y tremendos males?
quando por fin buscando mi descanso
vengo de mi familia al dulce seno,
me reciben con miedos, con espantos;
todos huir procuran de mis ojos,
todos quieren negarse à mis abrazos,
y yo mismo sintiendo los terrores
que inspiro à los demás, estoi deseando
volver à verme en mi prision pasada:
pero hijo, dilo tu, dimelo claro:
¿quien es quien me ha ofendido? ¿qué insolente
se me pudo atrever? ¿porque vengado
no estoi de sus ultrages? ¿qué la Grecia
à quien tanto sirvió mi fuerte brazo
ha dado al delinquente algun asilo?
¿pero qué es estó? ¿tu no abres los labios?
¿qué es lo que veo, Soberano Cielo?
¿pues que: mi hijo tambien, mi hijo amado
conspira contra mi? vamos à dentro
que no puedo vivir en afan tanto,
que el corazon me parte: averiguemos
quales son los delitos y el malvado:
y hagamos, que por fin Fedra me explique
las causas del terror en que la hallo.
Vase Teseo.

SCENA VI.

Hipolito y Teramene.

Hip. ¿Teramene, qué es esto? ¿qué pretende

Fedra con un discurso que ha llenado
mi corazon de horror? ¿pues que entregada
siempre à su ceguedad su animo incauto
se quiere asi perder? ¡Cielos Divinos!
¿qué es lo que dirá el Rey? ¿qué negros hados,
que veneno feróz el amor fiero
en su infelice casa ha derramado?
hasta yo mismo pertináz me enciendo
en un ardor que su ódio está improbando,
¡cómo me vió otra vez! ¡y cómo me halla!
no sé que tristes lugubres desmayos
siente mi corazon: mas la inocencia
no tiene que temer; amigo, vamos,
busquemos algun medio que conmueva
de un padre los afectos; declarando
un fuego que si quiere turbar puede,
pero que nunca dexará apagado,

ACTO QUARTO,

SCENA I.

Teseo y Enone.

Tes. Cielos, ¿qué es lo que escucho? ¿un temerario,
un vil traidor, ultrage tan extremo
al honor de su padre preparaba?
como me afliges, ò destino fiero!
yo no sé donde estoi, ni sé tampoco
donde mis pasos van. ¡O afectos tiernos!
¡ò bondades mui mal recompensadas!
¡proyecto atróz! ¡horrible pensamiento!
¡idea detestable! ¡el insolente
por conseguir sus barbaros deseos
imploraba el recurso de la fuerza!
yo he visto por mis ojos ese azero
que el instrumento ha sido de su rabia:
ese azero infeliz que en otro tiempo
mi mano le entregó para otros usos;
ni aun de la sangre el lazo mas estrecho
le pudo detener, ¿y Fedra hacia
vivir à este traidor con su secreto?
¿queria su indulgencia sin venganza
dexar tanta maldad?

Enon. Este silencio
era en Fedra, Señor, unicamente
por no causar dolor à un padre tierno,
vergonzosa del barbaro designio
de un amante juicioso, y del perverso
amor en que por ella se ha inflamado.
Fedra moria, y con valor resuelto
iba à extinguir de sus amantes ojos
la luz siempre inocente: yo le veo
el brazo levantar: corro ligera
à impedir aquel golpe y le detengo:
yo soy quien hasta aqui la ha conservado
à las caricias del afecto vuestro:
y lastimada á un tiempo de sus penas,
y vuestras inquietudes, mi leal zelo
ha servido de interprete à su llanto.

Tes. El infame: no pudo su vil pecho
dexar de conturbarse en mi presencia:
yo le observé quando llegó à mi encuentro,
temblando de temor y las tibiezas
de sus frios abrazos, de mi afecto,
el corazon, ternura... pero dime,
¿en Atenas habia descubierto
ese culpable amor que le devora?

Enon. Acordaos, Señor, de los lamentos
con que la Reyna se quexaba: su ódio
de este amor delinquente era el efecto,

Tes. ¿Luego volvió è encenderse aqui en Trecena?

Enon. Ya os he dicho, Señor, todo el suceso:
la Reyna quedó sola y entregada
à la angustia mortal de sus tormentos:
permitidme que vaya à acompañarla. *va.*

SCENA II.

Teseo y Hipolito.

Tes. ¡Ah! vele aqui el traidor, ¡Dioses eternos!
¿quien viendo aire tan noble no se debe
engañar como yo? ¡Divinos Cielos!
¿es posible que pueda en el semblante
de un adultero vil que arde en incesto,
bri-

brillar de la virtud el soberano
y sagrado caracter? ¿pues que el pecho
de los falsos mortales no debiera
reconocerse con indicio cierto?

Hip. ¿Mi respeto filial podrá atreverse
à preguntaros que funesto ceño
turba, Señor, vuestro semblante augusto?
¿os dignais confiar este secreto
á mi rendida fé?

Tes. ¡Perfido! ¡indigno!
¿y tu tienes valor y atrevimiento
de parecer delante de mis ojos?
monstruo feróz, à quien ha mucho tiẽpo
que los rayos perdonan: resto infame
de los viles malvados, que mi esfuerzo
destruyó por vengar à todo el mundo:
despues que los ardores de tu fuego
llenos de impuro horror han insultado
de tu padre infeliz el nupcial lecho,
¿aun tienes la osadia de venirme
à presentarme un rostro tan perverso?
¿tu á parecer te atreves en lugares,
testigos de tus barbaros excesos,
y no vas à buscar en otras tierras
Climas desconocidos, donde el eco
de mi nombre jamás haya llegado?
huye de aqui, traidor, vete corriendo
y no irrites mi enojo, ni provoques
una furia que apenas la contengo:
à mí me basta el infeliz oprobio
de haber dado la vida à un monstruo fiero,
sin que tambien tu muerte à Esparta vengue
hoi la ilustre memoria de mis hechos:
huye pues de aqui, infame, sino quieres
que yo te junte con los monstruos fieros
que castigó mi mano: ten cuidado
de que jamás el Sol vea que has puesto
la temeraria planta en este sitio:
huye te digo, y arrastrando luego
tus pasos donde nunca vuelva à verte,
libra mis Reynos de tu noble aspecto:
y tu, Neptuno, tu, Numen sagrado,
que eres mi tutelar; si en otro tiempo
mi valor ha limpiado tus orillas
de infames asesinos, ház recuerdo
de que por premio tu me prometiste
el premio concederme de mis ruegos:
en mi larga prision no he reclamado
tu poder inmortal; pues mis deseos
avaros del socorro prometido
de tu palabra en el sagrado empeño,
à costa de el dolor se reservaban
para implorarte en casos mas estrechos:
hoi te imploro, Neptuno, venga airado
à un infelice padre; yo te entrego
ese traidor à toda tu violencia;
si; à tu violencia, à tu rigor severo.

Hip. ¿Qué es lo que escucho, Dioses? ¿Fedra acusa
à Hipolito de ardores y deseos?
este exceso de horror confunde à mi alma:
tantos golpes, tan barbaros y fieros
á un tiempo me comprimen y me quitan
la razon, las palabras y el aliento.

Tes. Traidor, tu imaginaste que sin duda
Fedra sepultaria en el silencio
el brutal desacato de tu arrojo:
pero debias quando fuiste huyendo,
no abandonar tan torpe y ciegamente
en las manos de Fedra el vil azero;
ó antes era mejor que completando
las barbaras perfidias de tu pecho
la quitases la vida y las palabras.

Hip. Irritado, Señor, de que os han hecho
creer mentira tan vil, ahora debiera
deciros la verdad; pero reservo
un secreto que debe disgustaros:
aprobad la templanza y el respeto
que me quitan la voz, y sin que quiera
vuestro afán aumentarse los tormentos,
examinad mi vida solamente
y pensad en quien soi: algun exceso
precede siempre à los delitos grandes:
aquel que empieza de lo justo y recto
el confia à pasar, luego se excede,
y viola injusto todos los derechos:
los delitos à igual de las virtudes
tienen su progresion: no tiene exemplo
que la inocencia pase de repente
al extremo desorden; ni mui presto
de un hombre que es virtuoso se hace un impio,

un

un incestuoso ò asesino fiero
formado yo en el seno de una casta:
heroína respetable, con mis hechos
jamás he desmentido mi alto origen;
despues quiso dignarse el gran Piteo,
tenido entre los hombres por mui sabio
de educar mi niñez, desde el momento
que salí de los brazos de mi madre:
yo, Señor, alabarme no pretendo:
mas si alguna virtud en mi reside,
he hecho ver sobre todo un ódio terco
à ese mismo delito que me imputan:
solo por él, Hipolito, se ha hecho
conocer en la Grecia, y su desvio
pasaba de virtuoso à ser grosero.
Todos saben, Señor, de mis disgustos
el rigor inflexible: el mismo Cielo
no es mas puro que mi alma, y sin embargo
quieren que yo inflamado en tan vil fuego...

Tes. Si, cobarde, y es ese mismo orgullo
el que mas te condena: ahora comprehendo
el odioso principio que ha tenido
tu pertináz y rustico despego:
Fedra sola encantaba tus osados,
tus impudicos ojos; y tu pecho
insensible al alhago y la hermosura
de otro objeto, miraba con desprecio
de una llama inocente los ardores.

Hip. No, mi padre: este pecho (ya no es tiempo
de ocultartelo mas) no ha desdeñado
de un casto amor el encendido fuego:
os confieso mi culpa verdadera:
Señor, yo amo, es cierto: Aricia sola
ha sugetado à su divino Imperio
mi corazon: la hija de Palante
ha vencido à vuestro hijo: yo la quiero,
y mi alma à vuestras ordenes rebelde
no puede suspirar por otro objeto.

Tes. ¿Será verdad que tu quieres à Aricia?
pero no; el artificio es mui grosero;
y te finges ahora delinquente
por esconder delito mas horrendo.

Hip. Ha seis meses, Señor, que aunque la evito,
à mi pesar la adoro; y mi respeto
ahora venia temblando à confesaros
mi temerario amor: ¿pero que es esto?
¿nada os puede sacar de error tan grande?
¿quereis que os haga horribles juramentos?
que la tierra y el Cielo me confundan:
que la naturaleza...

Tes. A los perversos
cuesta siempre mui poco el ser perjuros:
cierra, indigno, los labios indiscretos,
si tu falsa virtud artificiosa
hallar no puede mas seguros medios.

Hip. ¡Ay Señor! ¡mi virtud falsa os parece
y llena de artificio! pero pienso
que Fedra en su interior me hará justicia.

Tes. Tu osadia insolente ahora de nuevo
irrita mi rencor.

Hip. Señor, ¿que tierra,
que tiempo prescribis à mi destierro?

Tes. Si mas allá te vieran mis furores
de las columnas de Hercules, aun creo
que estaria mui cerca de un indigno.

Hip. Cargado con delito tan horrendo
como el que me atribuis, ¿qué amigos pueden
si vos me abandonais, verme sin tedio?

Tes Vete á buscar en otra parte amigos,
cuyo espiritu aplauda el adulterio,
otros traidores perfidos è ingratos,
sin honor y sin fé, que compañeros
merezcan ser de un impio como tu eres.

Hip De adulterios, perfidias, y de incestos
me estais hablando siempre...nada digo:
pero Fedra, Señor, nació de un seno,
de un seno, de una sangre que está llena
mas que la mia de esos desafueros.

Tes. ¡Qué insolente! ¿tu rabia despechada
pierde ya toda suerte de respeto?
por la postrera vez yo te lo mando;
quitate de mis ojos, vete luego:
vete de aqui, traidor, huye mi enojo;
no esperes à que un padre de ira lleno
te haga arrancar por fuerza de su vista.

Vase Hipolito.

SCENA III.

Teseo solo.

Tes. ¡Miserable! à la muerte vas corriendo.

Nep-

Neptuno, por el rio que es temible
aun á los Dioses me hizo juramento
de executar sin falta su promesa:
un Numen vengador te va siguiendo;
y no puedes huirle: yo te amaba,
y ya por tí se me estremece el pecho:
mas tu me has precisado á condenarte:
no ha habido padre en todo el Universo
tan cruelmente ultrajado. Santos Dioses,
que mirais mi dolor, y mis tormentos,
¿como di yo la vida á tan mal hijo?

SCENA IV.

Fedra y Teseo.

Fed. Señor, de temor llena á hablaros vẽgo:
vuestra terrible voz á mí ha llegado,
y recelo que siga un pronto efecto
á vuestras amenazas: si, aun no es tarde,
respetad vuestra sangre; yo os lo ruego
con lastima mirad vuestra familia:
libradme del horror de estarla oyendo
dar siempre contra mí tristes clamores:
no me prepare vuestro enojo fiero
el dolor de causar que cruel derrame
su propia sangre el impetu paterno.

Tes. No Señora; hasta aqui no se ha teñido
mi mano con mi sangre: no por esto
se ha escapado el traidor de mi venganza,
otra mano divina sabrá hacerlo
con mas seguros golpes: ya Neptuno
q̃ me hizo el mas solemne ofrecimiento
va à executarle, y quedareis vengada.

Fed. Neptuno á executarle ¡justo Cielo!
porque vuestro furor...

Tes. Y que, Señora,
su castigo pudiera entristeceros!
vos debierais juntaros con mis iras:
pintarme sus delitos, sus excesos
con todo el colorido de su infamia,
y encender de mi enojo lo violento:
vos aun no conoceis de sus maldades
toda la iniquidad, y sus despechos
contra vos se derraman en injurias:
dice que vuestros labios están llenos
de imposturas atroces; que sostiene
que su amor y su fé se sometieron
á las gracias de Aricia, y que la adversa...

Fed. Que, Señor...

Tes. El lo ha dicho ha poco tiempo,
pero yo he conocido su artificio:
vamonos pues, Señora, y esperemos
que el gran Neptuno nos hará justicia:
yo dirijo mis pasos á su Templo,
para pedirle al pie de sus altares
que cumpla su inviolable juramento. *va.*

SCENA V.

Fedra sola.

Fed. ¡Cielos Divinos! ¿que es lo que he escuchado¿
¿qué noticia cruel, que activo fuego
mal extinguido se dispierta en mi alma?
¡qué rayo atróz! ¡qué aviso tan funesto!
yo volaba al socorro de su hijo,
y arrancandome rapida del seno
de la espantada Enone, ya cedia
al tirano y voráz remordimiento
que me comprime el animo. ¿Y quien sabe
á donde iba á parar mi dolor fiero?
quizá yo misma hubiera consentido
en declarar mi engaño, y si el aliento
no me faltára alli, tal vez se hubiera
salido de mis labios el secreto.
¡Santos Dioses! ¿Hipolito es amante?
¿él tiene un corazon sencillo y tierno,
y á mí me tiene horror? ¿Aricia sola
tiene su corazon, logra su afecto?
¡Ay misera de mí! quando el ingrato
inexorable á mis rendidos fuegos
armaba contra mi sus fieros ojos,
y ponia en su rostro tanto ceño,
creía que amor siempre insensible
asi se armaba contra todo el sexo
¡mas qual era mi error! otra ha sabido
sugetar su altivez, ¡otra está viendo
en sus ojos crueles mas ternezas!
tal vez él tiene un corazon ligero
facil de enamorarse: y soi solo
objeto que á su amor le causa tedio:
y yo me encargaria del cuydado
de prostituir mi honor por defenderlo.

SCE-

SCENA VI.

Fedra y Enone.

Fed. ¿Sabes, Enone mia, lo que acaba
de escuchar mi dolor?
Enon. No; mas yo vengo
temblando del designio que os hacia
buscar al Rey, porque quedé temiendo
algun favor que os fuese muy dañoso.
Fed. Enone mia, ¿quien pudiera creerlo?
Hipolito es amante.
Enon. ¿Es amante?
Fed. Amante que idolatra, y ya no puedo
tener la menor duda: ese salvage
enemigo feróz, ese severo
aspero corazon que yo creía
incapaz de domar, ese sobervio
que nunca osé mirar sino temblando,
ya sometido, docil y sugeto
halló quien le rindiera: en fin, Aricia
ha encontrado el camino de su pecho.
Enon. ¡Aricia! ¿que decis?
Fed. Dolor amargo
que aun no habia probado. ¿A que tormento
nuevo y terrible estaba reservada?
quanto he sufrido hasta ahora... mis despechos,
mis temores, la viva voráz llama
de mis furiosos incendarios fuegos:
la injuria de sus barbaros desdenes,
y el horror de mi cruel remordimiento,
aun no es sombra ligera, aun no es amago
á el horrible tormento que padezco.
¡Ellos se quieren! ¿cómo? y han podido
alucinar mis ojos y mis zelos?
¿cómo han podido verse? ¿desde quando?
¿en que lugar? ¡ó Dioses! dilo presto,
tu lo sabes, cruel: ¿pues porque causa
no me has dicho ese barbaro secreto?
¿porque no me has instruído de su ardiente
disimulado amor? dime: ¿los vieron
hablarse muchas veces? ¡Santos Dioses!
ellos podian verse sin recelo:
los Cielos aprobaban la inocencia
de sus suspiros blandos y alhagueños;
ellos seguian sin zozobra alguna
la dulce inclinacion de sus afectos;
y para ver su amor amanecian
todos los dias claros y serenos;
pero yo triste objeto, infeliz blanco
de la naturaleza andaba huyendo
de el Cielo, de la luz, y aun de mi misma:
la muerte era el Dios solo que mi aliento
se atrevia á implorar, y cada instante
de mi vida fatal era un despecho:
de hiel y llanto solo alimentada,
y de testigos llena, en mi desvelo
no tenia siquiera el triste alivio
de llorar á mi gusto, ni mi pecho
gozaba este placer sino temblando,
y obligada á ocultar mis males fieros
con sereno semblante, era preciso
privarme de mi llanto mucho tiempo.
Enon. Mas, Señora, ¿que fruto sacar pueden
de sus vanos inutiles afectos?
ellos no volverán á verse nunca.
Fed. Pero se amarán siempre. ¡Ay qué tormento!
en este instante mismo en que te hablo
quizá se están burlando del despecho
de una insensata y desgraciada amante,
y á pesar de su padre y del destierro
que los va á separar; de amarse siempre
renovandose están los juramentos:
no; me falta el valor; de sus amores
ni siquiera la idea sufrir puedo:
ten compasion, Enone, de mi vida:
fuerza es perder á Aricia llegó el tiempo
de dispertar las iras de mi esposo
contra una odiosa sangre, y ahora quiero
excitarle á castigos mas crueles,
los mas feroces y los mas violentos:
este furor, delito de la hermana
es mayor que el de todos sus abuelos,
y para que mis zelos se despiquen
he de valerme de él... ¿pero qué es esto?
¿donde va mi razon? que, yo zelosa,
y aun el mismo Teseo á quien pretendo
hacer ministro de mi cruel venganza,
mi esposo vive? ¡yo rabio de zelos!
¿y por quien rabio? ¿qual es la persona
que solicita mis delirios griegos?

cada

cada palabra de estas me estremece,
y hace que se me erizen los cabellos:
yo he completado toda la medida
de mis delitos barbaros y horrendos:
ya consume mi honor, y ya respira
à un tiempo la impostura y el incesto:
mis homicidas manos ya despiertas
están para vengarse, y sus deseos
son de mancharse en la inocente sangre.
¡Miserable! ¡y aun duran mis alientos!
¿y puedo sostener la vista airada
de este sagrado Sol de quien desciendo?
yo cuento por abuelo al alto padre
y Señor de los Dioses: todo el Cielo
y el mundo lleno está de mis mayores:
¿donde me esconderé? ¿donde huir puedo
para que no me vean? ea, huyamos
à la noche infernal: pero ¿qué pienso?
mi padre tiene alli la fatal urna,
él preside en la estancia de los muertos:
à su severa è inflexible mano
el hado la confió, y en el Aberno
à las palidas sombras, menos juzga
qual será su dolor qual su tormento,
quando la suya absorta y espantada
vea à su hija por fuerza, descubriendo
tan diversos delitos, y delitos,
quizá ignorados en el mismo Infierno:
¿qué dirás, padre mio, quando mires
tan funesto espectaculo? ya veo
caer la urna terrible de tus manos:
ya te veo buscando atróz y nuevo
espantoso suplicio, y que te haces
de tu sangre infeliz verdugo fiero;
perdona; un Dios cruel, un Dios terrible
tu familia ha perdido por entero;
conoce su venganza en los furores
de tu hija miserable. ¡Santo Cielo!
jamás mi triste amor recogió el fruto
de los delitos barbaros y horrendos,
cuyo error me persigue, y acosada
de tanto mal, ya mi postrer aliento
de una vida la mas desventurada,
ahora voy à entregar à los tormentos.

Enon. Ay Señora, dexad esas ideas
tan terribles, y ved con otro aspecto
un error ordinario y excusable:
vos ámais, pero ámais con grande exceso:
es preciso ceder à su destino:
por superior encanto vuestro pecho
se vió forzado à amar: ¿son por ventura
tan nuevos, è inauditos los exemplos?
¿pues que el amor no cuenta entre sus triunfos
mas que solo el de Fedra? este defecto
es natural en todos los humanos,
vos sois mortal, y os cupo estar sufriendo
la suerte de los otros: todos aman,
no solo los mortales, los excelsos
Dioses habitadores del Olimpo,
que el delito amedrentan con tan fiero
espantoso rumor, algunas veces
se han abrasado con impuro fuego.

Fed. ¿Qué es lo que escucho, Dioses? ¿qué discursos
son los que tu pronuncias? ¿qué consejos
son estos que me dás? ¿conque tu quieres
emponzoñarme hasta el postrer aliento?
¡miserable! vé aqui como has venido
à seducir por fin mi flaco pecho:
tu me hiciste volver à ver el dia
de que ya mi razon estaba huyendo;
me obligaste con ruegos importunos
à olvidar mi virtud; todo mi intento
era no ver à Hipolito; tu sola
me has obligado à que volviera à verlo:
¡desdichada muger! ¿qué es lo que hiciste?
¿de que se fué á encargar tu infame zelo?
¿porque tu boca impia y mentirosa,
acusandole barbara, ha cubierto
con tan negro borron su bella vida?
él morirá quizá, y el impio ruego
de un insensato padre será oido:
no te quiero ver mas: vete, perverso
y odioso monstruo; vete, y à mi sola
dexa el afan de mi destino adverso;
quieran los justos Dioses dignamente
corresponder tus perfidos consejos,
y espante tu suplicio á los infames
que como tu, con modos lisongeros

excitan y fomentan las flaquezas
de los Reyes incautos, que perversos
le conducen al triste precipicio
à que se inclina con fatal despecho
su debil corazon, y los allana
el camino de todos los excesos
aduladores viles y execrables,
presente el mas funesto que los Cielos
pueden dar en su colera à los Reyes
para extraviarlos del camino recto.

ACTO QUINTO.

SCENA I.

Hipolito, Aricia y Ismene.

Aric. Que, Señor, ¿vos callais à un tan urgente,
tan estrecho peligro? ¿á un padre tierno
quereis dexar en tan funesto engaño?
¡ah cruel! si à pesar de mis tormentos
teneis valor de consentir sin pena
el no volver á verme; partid luego,
partid y separaos para siempre
de Aricia y de su amor; pero à lo menos
partid asegurando vuestra vida,
defended vuestro honor de tan funesto
vergonzoso baldon; ya vuestro padre
forzado revocó sus crueles ruegos:
todavia no es tarde: ¿porque causa
quereis dexar con animo resuelto
el campo libre á vuestra acusadora?
oíd, Señor, y decidselo à Teseo.

Hip. ¡Ay Señora! ¿qué no le tengo dicho?
¿podia por ventura mi respeto
al publico sacar, y hacer presente
todo el infame oprobio de su lecho?
¿fuera justo decirle su venganza,
y que mi lengua fuera el instrumento
de hacer que de un rubor baxo, è indigno
se llegára à cubrir su rostro regio?
ninguna sino vos ha penetrado
de estos horrores el fatal misterio,
ni para desahogarse mi alma tiene
mas que à vos y à los Dioses: mis afectos
no os pudieran callar lo que queria
ocultarme à mi mismo; ved si os quiero,
pero pensad, Señora, en el sigilo
con que os he revelado este secreto;
si es posible, olvidad lo que os he dicho,
jamás se ocupe vuestro puro aliento
en contar esta tragica aventura:
esperemos los dos en los eternos
equitativos Dioses: ellos tienen
interés en mostrar que no soi reo;
y la infelice Fedra, castigada
tarde, ò temprano ya de sus excesos,
huír no puede la ignominia justa:
esto es lo que de vos solo deseo,
en lo demás mi colera encendida
todo se lo permite, dexad luego
la cruel esclavitud con que os aflige;
acompañadme pues, venid huyendo,
y procurad quanto antes alejaros
de este Palacio barbaro y funesto,
en que aire impuro la virtud respira:
aprovechaos, Señora, de este tiempo
porque pueda ocultarse vuestra fuga;
entre la confusion en que ahora ha puesto
mi desgracia á la Corte y á los grandes,
facilitar os puede ahora los medios
de asegurar con prontitud la fuga,
pues que mis guardias son tambien los vuestros.
Ya nos llaman valientes defensores;
Argos los brazos nos está tendiendo;
tambien la brava Esparta nos convida:
vamos, Señora, pues; vamonos luego:
nuestros amigos oigan nuestras quexas;
ni suframos que de este cruel momento
se pueda aprovechar la injusta Fedra,
y nos arroje del Dosel paterno,
y dé nuestros despojos á su hijo:
la ocasion es muy buena; este es el tiempo
de poderlo lograr, ni ahora hai peligro
que os pueda dar temor... ¿pero qué veo?

vos

¿vos estais titubeando? por vos sola,
y por vuestro interés asi me enciendo:
quando soy todo fuego ¿porque causa
estais elada vos? ¿teneis recelo
de acompañar à un pobre desterrado¿

Aric. Ay Señor, que tan placido destierro
me fuera apetecible : ¡con que gusto
me veria con vos en un desierto
de todos los mortales olvidada!
pero no habiendo aun el Himeneo
consagrado el amor; ¿podré resuelta
sin ofender mi honor iros siguiendo?
bien sé, Señor, que sin romper las leyes
de la austera virtud, librarme puedo
de la mano cruel de vuestro padre,
mi enemigo feróz en todo tiempo;
que esto es arrancarme vergonzosa
del paternal y respetable seno;
y es permitido huír de sus tiranos:
mas, Señor, vos me amais, y los recelos
de mi decoro y gloria...

Hip. No, Princesa;
de vuestra gloria yo cuydado tengo,
y os he venido à ver con una idea
que es mas digna de vos y de mis fuegos:
partid, Señora, huíd de estos lugares,
y seguid à un esposo amante y tierno:
librense nuestras miseras desgracias,
pues asi lo ha ordenado el alto Cielo:
ya de nadie dependen nuestros votos,
no siempre se ilumina el Himeneo
con brillantes antorchas; en las puertas
de la misma Trecena, y no muy lejos
de esas tumbas antiguas sepulturas
de mis progenitores, se vé un Templo
terrible y formidable à los perjuros:
en su sagrado y respetoso centro
no tienen osadia los mortales
de profanar los santos juramentos:
el perfido recibe un riguroso
inmediato castigo; y con el miedo
de encontrar una muerte inevitable,
la mentira no tiene mayor freno:
en este Templo, pues, de un amor santo,
con religioso voto juraremos
el vinculo inmortal; los mismos Dioses
que se adoran en él, del lazo eterno
serán fieles testigos, y nosotros
con su mismo fervor les rogaremos,
que nos quieran alli servir de padres;
yo imploraré su auxilio con respeto,
invocaré de todas las Deidades
los nombres mas sagrados, mas excelsos,
la casta Diana, la divina Juno,
y estos Dioses en fin, que de mi afecto
habran sido testigos, los fiadores
serán tambien de mis ofrecimientos.

Aric. Ay Señor, el Rey viene, idos volando,
y partid prontamente; yo un momento
me quedo aqui por ocultar mi fuga,
partid pues, y dexadme algun sugeto
que mis timidos pasos encamine.

Vase Hipolito.

SCENA II.

Teseo, Aricia y Ismene.

Tes. Eternos Santos Dioses, que estoy viendo
la obscura turbacion en que vacilo,
mostradme la verdad que busco inquieto.

Aric. Vé à disponerlo todo, fiel Ismene,
y dispon nuestra fuga en el momento.

Vase Ismene.

SCENA III.

Teseo y Aricia.

Tes. Vos mudais de color, y me parece
que se turba vuestra alma con mi aspecto:
mas, Señora, decid; ¿qué es lo que hacia
Hipolito con vos en este puesto?

Aric. Señor, se despedia para siempre.

Tes. Vuestros ojos hermosos y alhagueños
han

han sugetado su valor esquivo,
y han sabido inspirarle los primeros
suspiros fervorosos, que ha exhalado
su pecho hasta aqui rudo.
Aric. Yo no puedo
negaros la verdad, el no ha heredado
vuestra adversion injusta.
Tes. Ya os entiendo;
os estaba jurando amor constante,
mas no os asegureis en los afectos
de sus labios falaces, porque à otras
hace tambien los mismos juramentos.
Aric. ¿El, Señor?
Tes. Si Señora, y vuestro alhago,
menos falso y traidor debiera creerlo:
¿cómo podreis sufrir que de este modo
se divida su amor?
Aric. ¿Cómo vos mesmo
podeis sufrir que tales imposturas
se atrevan à empañar el cristal terso
de una vida tan bella? ¿que, tan poco
conoceis las virtudes de su pecho?
¿sois capáz de culpar à la inocencia
de delitos tan perfidos y horrendos?
¿será posibe que una espesa nube
à vuestra vista sola está cubriendo
una virtud que á la de todos brilla?
¡Ay Señor! vos estais ahora muy ciego
y le entregais con barbara injusticia
de las perfidas lenguas el veneno;
dexad ese furor, y arrepentios
de vuestros impios y mentidos ruegos:
temed, Señor, temed que el Cielo justo
indignado del mero rigor vuestro
os aborrezca tanto que os conceda
tantos impios sacrilegos deseos:
muchas veces colericos reciben
un sacrificio barbaro y sangriento,
su misma aceptacion entonces suele
ser la fiera mayor de los excesos.
Tes. Vos pretendeis en vano disculparle
de un hecho tan atróz, y vuestro afecto
os quita la razon por este infame;
mas yo testigos tan seguros tengo
que irrecusables son: yo mismo he visto,
yo vi correr un llanto verdadero.
Aric. ¡Ay Señor! procededconmas cautela:
vuestro invencible generoso aliento,
de muchisimos monstruos execrables
ha logrado librar al Universo;
pero todos, Señor, no están destruídos,
y todavia alguno está viviendo...
mas vuestro hijo me impide que prosiga,
pues estando enterada del respeto
que os conserva, ya sé que os afligiera
si acabára el discurso asi siguiendo
su pudor reverente: me retiro,
porque no se aventure mi silencio. *vase.*

SCENA IV.

Teseo y Guardias.

Tes. ¿Quales son las ideas, (¡Cielo Santo!)
que oculta este discurso? ¿este misterio
pretenden deslumbrarme con alguna
fabulosa ficcion? ¿están de acuerdo
los dos pára apurarme? mas yo mismo
à pesar de un enojo tan severo...
¿que voz tan compasiva es la que escucho?
¿que secreto piadoso sentimiento
me turba el corazon, y me consterna?
segunda vez à Enone preguntemos:
yo quiero examinar muy por menudo
todas las circunstancias del secreto:
dadme luz, ¡Cielo Santo! en este abismo.
Guardias, llamad à Enone, y venga presto.

SCENA V.

Teseo y Panope.

Pan. ¡Ay Señor! yo no sé lo que la Reyna
está ahora meditando; pero tiemblo
de la horrible inquietud en que la miro,
una furia mortal, un cruel despecho
altera su belleza; y su tez cubre
el color de la muerte macilentos:
con colera y furor de su presencia

à

à Enone despidió; y esta fué luego
à arrojarse de el mar en lo pofundo;
no se sabe que causa à tan horrendo
designio la ha obligado; mas las ondas
la han sumergido à nuestros ojos mesmos.

Tes. ¡Qué es lo que escucho, Dioses Soberanos!
¡ay de mi desdichado!

Pan. Este suceso
no ha calmado á la Reyna, antes parece
que su inquietud se aumenta por momentos:
algunas veces por templar su angustia
dice que quiere ver sus hijos tiernos:
los mira, los abraza y los inunda
en el llanto que vierte sobre ellos;
pero de alli à un instante la abandona
aquel dulce y materno sentimiento,
y con violenta mano los rechaza
y desvia de sì como con tedio:
camina incierta sin saber adonde:
sus ojos vacilantes y perplexos
à ninguno conocen: por tres veces
se puso ahora à escribir con grande empeño,
y otras tantas rompió lo que habia escrito:
¡ay Señor! por los Dioses, id vos mesmo,
dignaos de socorrerla.

Tes. ¡Cielos Santos,
se mata Enone con furor violento!
¿y Fedra morir quiere? ¡ah! que me llamen,
que venga mi hijo aqui; ya estoi dispuesto
à escuchar sus defensas: tu, Neptuno,
no precipites ahora tus funestos
crueles beneficios, aunque nunca
vuelvas à oír con atencion mis ruegos:
yo he creído quizá muy facilmente
testigos poco fieles, y muy presto
hácia à ti levanté mis crueles manos,
¡qué feróz será, Dioses, mi despecho
si se cumplen mis votos!

Vase Panope.

SCENA VI.

Teseo y Teramene.

Tes. Teramene,
¿adonde mi hijo está? yo à tu leal zelo
le confié; pero dime, ¿de que nace
ese llanto que triste estás vertiendo?
¿donde Hipolito está?

Ter. !Cielos sagrados,
que afanes tan tardíos y superfluos!
¡terneza inutil! ¡vanas atenciones!
¡ya Hipolito murió!

Tes. ¡Dioses eternos!

Ter. Yo he visto perecer el mas amante
de todos los mortales, y aun me atrevo
á decir al mas puro é inocente.

Tes. ¡Ya Hipolito murió! ¿qué es esto, Cielos?
¿quando mi amor le abria ya mis brazos
para abrigarle en mi paterno seno
su muerte precipitan? pero dime,
¿como ha sido este golpe tan funesto?

Ter. Salimos por las puersas de Trecena,
Hipolito en su carro iba suspenso,
los Guardias que le cercan le acompañan
imitando su lugubre silencio:
caminaba confuso, y á Emizeras
sus tristes pasos iba dirigiendo;
su mano abandonada, desmayada,
las riendas que pendian sin esfuerzo
sobre la crespa crín de sus caballos:
estos caballos vivos y sobervios,
que llenos de un ardor noble y fogoso
obedecian de su voz al eco,
con velóz prontitud; ahora abatidos
con ojos mustios, con caido cuello
parecian que se iban conformando
con las tristes ideas de su dueño.
En este instante un grito pavoroso
que del fondo del mar salió violento,
turba el quieto reposo de los aires,
y otra voz formidable que del seno
de la tierra salia, le responde
con espantosos horridos acentos:
al oirlo la sangre en nuestras venas
se yela de temor y desaliento:

la

la crin se les eriza á los caballos,
y poco à poco sobre el campo terso
del mar undoso, una humeda montaña
se va elevando, y crece en poco tiempo:
la ola se acerca, choca, se rebienta,
y alli vomita á nuestros ojos mesmos
un monstruo formidable: su ancha frente
está armada con puntas: su gran cuerpo
se juzga invulnerable, pues le cubre
las escamas y conchas; y hecho à un tiempo
impetuoso dragon, toro indomable,
su cola enrosca en mil giros diversos;
sus furiosos horrisonos bramidos
retumban en la orilla, y hasta el Cielo
vé con horror un monstruo tan horrible:
tiembla la tierra, se estremece el viento:
la ola que le cargó ceja espantada;
todos huyen medrosos y dispersos,
y sin armarse de valor inutil
buscan asilo en el vecino Templo:
solo Hipolito, solo aquel glorioso
hijo digno de un Heroe se está quieto,
detiene sus caballos atrevidos,
toma sus armas, busca al monstruo fiero,
y disparando con segura mano
un dardo contra él, le abre en el seno
una profunda y dilatada herida;
el monstruo dá bramido, y aun mas recios;
y sensible al dolor, lleno de rabia
al pie de los caballos cae luego;
se rebuelca, y furioso les presenta
una boca inflamada, cuyo aspecto
los llena de terror, y en un instante
los cubre de humo, espuma, sangre y fuego:
entonces el temor nos arrebata,
corren precipitados, y ni el freno
ni la voz les detiene; su triste Amo
se consume en inutiles esfuerzos:
mas los caballos con espuma roja
el bocado ensangrientan siempre huyendo;
aun se dice que un Dios cruel è irritado,
los iba alli picando, y asi el miedo
por entre aquellas rocas los despeña:
cruge el exe, se rompe, y el excelso
el intrepido Hipolito, su carro
de bolar por el aire ya desecho
en menudas astillas, al fin cae
enredado en las riendas: ¡ò tormento!
escusad mi dolor, esta terrible
imagen cruel será para mi afecto
eterno origen de un amargo llanto:
yo vi, Señor, yo vi con dolor fiero
arrastrar á vuestro hijo por los propios
caballos que criado habia él mesmo:
él quiere detenerlos y les grita,
pero su misma voz les dá mas miedo:
se precipitan mas desenfrenados,
y el cuerpo de aquel Heroe en breve tiempo
se hace todo una llaga: aquellos campos
resuenan con las voces y los ecos
de nuestros tristes gritos: finalmente
cede de los caballos el aliento,
y se paran no lexos de esas tumbas,
en donde de los Reyes sus abuelos
yacen depositadas las reliquias:
corre á encontrarle mi angustiado zelo:
la guardia me acompaña, y es su sangre
el rastro que dirige el paso nuestro:
las rocas, y peñascos que pasamos
de su roxo color están cubiertos,
y los abrojos que aun goteando estaban,
nos mostraban sus miseros cabellos:
llego por fin, le llamo por su nombre,
él me tiende la mano, y abre tierno
sus moribundos ojos que al instante
cierra otra vez y dice: amigo, el Cielo
una inocente vida va á quitarme:
despues que yo fallezca sirve atento
á la infeliz Aricia, y si mi padre
mi inocencia algun dia conociendo
compadece de un hijo la desgracia,
dile, querido amigo, con respeto,
que para apaciguar mi triste sangre
y à mi sombra doliente dar consuelo,
trate con mas dulzura à su cautiva,
que le vuelva piadoso... á estos acentos
el Heroe espira, y no dexa en mis brazos

mas que un cuerpo disforme, triste objeto
en que triunfa la saña de los Dioses
con cruel afán, y que los ojos mesmos
de su padre infeliz desconocieron.

Tes. ¡O hijo querido mio! ¡ò hijo tierno
de que yo por mi mano me he privado!
Dioses terribles, que mis votos necios
cruelmente habeis oido: ¿à que mortales
disgustos reservais mi triste aliento?

Ter. En el instante llega la inocente
y temerosa Aricia, á la que huyendo
de vuestra ira, Señor, venia à aceptarlo
por esposo en aquel sagrado Templo:
se acerca presurosa, y vé la yerva
que humea con la sangre: mira luego
(¡que objeto, Santo Dios! ¡para los ojos
de una infeliz muger que está queriendo!)
mira á Hipolito yerto, y estendido
sin forma de color por algun tiempo:
duda de su infortunio, no conoce
al Heroe que idolatra; le está viendo,
y pregunta por él; pero al fin, cierta
de que es su esposo aquel cadaver yerto
con una triste y pavorosa ojeada
acusa la barbarie de los Cielos,
y cae al pie de su infeliz amante
desmayada, sin fuerza y sin aliento:
la fiel Ismenia que á su lado estaba
anegada en su llanto, corre luego,
y en sí la hace volver; mas que à la vida
revoca su sentido á los lamentos:
y detestando yo la luz del dia,
à deciros, Señor, vengo corriendo
la voluntad postrera de aquel Heroe,
y cumplir el encargo lastimero,
con que su corazon ya moribundo
sobre mi reposó... pero á este puesto
se dirige su barbara enemiga.

SCENA ULTIMA.

Teseo, Fedra, Teramene, Panope y Guardia.

Tes. Ya por fin se ha logrado vuestro anhelo:
ya Hipolito murió: ¡ah! ¡qué razones
tengo de desconfiar, como un recelo,
una sospecha cruel, y bien fundada
lo justifica y me debora el pecho!
pero por fin, Señora, ya ha espirado;
gozad del fruto cruel de vuestro ceño,
y os consuele su tragico desastre
legitimo ò injusto: yo consiento
en que mis ojos siempre estén cerrados,
y quiero persuadirme á que era reo,
pues que vos lo ocultais, al llanto mio
su muerte ofrece suficiente objeto,
sin que emprenda buscar luces odiosas,
que no siendo capaces de volverlo
á mi justo dolor, solo serian
capaces de aumentarme los tormentos:
dexadme pues, que lexos de esta orilla
me parece que todos vén con tedio
mi injusticia cruel; mi grande nombre
de mi dolor aumentan lo violento,
pues menos conocido, lograria
ocultarme mejor del Universo:
estoy aborreciendo hasta el cuidado
con que me honran los Dioses, y voy luego
à llorar sus mortiferos favores
sin fatigarlos con mis tristes ruegos:
por mas que hagan por mi, ya no me pueden
valer los que tiranos y sangrientos
me han quitado hasta el sér.

Fed. Teseo, oídme:
Ya es tiempo de que rompa mi silencio,
y de que al fin mi injusto labio aclare
la inocencia y candor del hijo vuestro,
él no era delinquente.

Tes. ¡Infeliz padre!
solo por vos le condené severo:
inhumana, pensais que ahora os disculpa...

Fed. Mira que son preciosos los momentos;
escuchadme Teseo: yo soy sola
quien sobre un hijo casto y de honor lleno
eché profanos è incestuosos ojos,
el Cielo puso en mi infelice pecho
una funesta llama; la impia Enone
con-

conduxo lo demás ; tubo recelo
de que Hipolito fuera à descubrirnos
todo el horror de mis infames fuegos:
la malvada, abusando de la extrema
flaqueza en que me vió , logra el momento,
y se à delanta perfido á acusarlo:
ella se dió el castigo de su exceso;
en el mar por huír de sus furores
se dió muerte , aunque dulce , y ya el azero
hubiera terminado mi destino,
sino hubiera pensado que muriendo
dexaba sospechada á la inocencia:
por eso quise à vuestros ojos mesmos
exponer mi delito , y al sepulcro
baxar por un camino aunque mas lento:
ya he bebído , Señor, ya está en mis venas
un terrible mortifero veneno
que aqui trajó Medea : ya ha llegado
hasta mi corazon su altivo esfuerzo,
y en él derrama un frio que le yela:
ya no puedo mirar sino entre velos
al Cielo y al esposo , à quienes sirve
de ultrage mi presencia ; y ya extinguiendo
las luces de mis ojos la cruel muerte,
al dia restituye el puro aliento
que infestaba lo atroz de mis dilitos.
Pan. ¡Ay Señor , que ya expira!
Tes. Justos Cielos,
¿porque tambien no espira con su vida
la memoria de un hecho tan perverso?

FIN.

Barcelona: Por la Viuda Piferrer , vendese en su Libreria, administrada por Juan Sellent; y en Madrid en la de Quiroga.